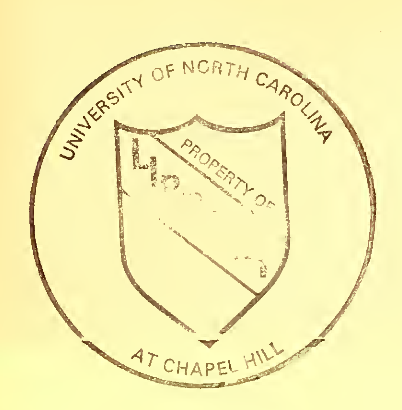



a 00002 64700 5


UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
AT CHAPEL HILL



Las Travesuras de Juana.



LAS TRAVESURAS DE JUANA.

COMEDIA EN CUATRO ACTOS,

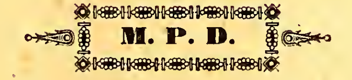
POR

DON CARLOS GARCIA DONCEL

Y

DON LUIS VALLADARES Y GARRIGA.

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion por la Junta de censura de los teatros del Reino, en 13 de Abril de 1849.



MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-baja, n.° 19, bajo.
Mayo 1857.

PERSONAS.

JUANA.
ELVIRA.
LAURA.
IRENE.
LUISA.
MARGARITA.
BLANCA.
LA RECTORA.
MAGDALENA.
HERNANDO DE ALARCON.
EL CONDE PEDRO NAVARRO.
DON LOPE NAVARRO.
STIZAFERRO.
ACERICO.
JUAN DE URBINA.
EL PRÍNCIPE DE SALERNO.
FERNANDO GONZAGA.
FABRICIO MARAMALDO.
GERÓNIMO MORON.
EL MARQUÉS DE SALUZO.
PABLO TRIBULCIO.
UN ALCALDE.
ENMASCARADOS 1.° *y* 2.°

GENERALES *españoles y franceses*, ALGUACILES *y* ENMASCARADOS.

La escena en los tres primeros actos pasa en la ciudad de Nápoles, el cuarto en sus inmediaciones. Agosto de 1528. *La accion empieza al anochecer del* 30, *y concluye al amanecer del* 31.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una huerta: á la derecha y en el fondo pared de cerca con porton en el fondo y un emparrado, y una puertecita á la derecha: á la izquierda la fachada interior de un convento de religiosas; ventanas con celosías, y puerta grande con tres escalones. Es la caida de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon se oye el toque de una campanilla, y salen del convento JUANA, ELVIRA, LAURA, IRENE, LUISA, MARGARITA *y* BLANCA.

Todas. Asueto! Asueto! (*Saliendo.*)
Juana. Á Dios gracias
acabaron las labores.
Viva la holganza y el juego
que anima á los corazones;
y mueran los cañamazos,
las ruecas y los librotes.
Guerra al estudio!
Blanca. No grites!
Irene. Si la Rectora te oye...
Juana. Obrará Dios un milagro,
porque es sorda como un poste.
Irene. Laura, ven á contar cuentos.
Blanca. Vámonos á coger flores.
Ven, Juana.

Juana. No me entretienen
tan cándidas diversiones.
Laura. Dejadla, que es una loca,
y no comprende esos goces:
si fuera el de tirar piedras
y de andar á mogicones...
(*Laura, Irene y Margarita se sientan en medio en el suelo formando corro; Elvira triste y pensativa á la derecha en un banco de piedra; Blanca anda por varias partes cogiendo flores.*)
Juana. Miren la dama entendida,
doña Laura de Quincoces,
tan espetada y severa
como un claustro de doctores.
(*Acercándose á Luisa, que se ha sentado á la izquierda y está leyendo en un libro.*)
Tira ese libro, muchacha.
Luisa. (*Escandalizada.*) La vida de San Onofre!
El espíritu maligno
obra por ella.
Juana. (*Cogiendo el libro y presentándoselo con fingido respeto.*) Perdone!
No presumí que erais, Luisa,
la santa por otro nombre:
siga la lectura, hermana;
y por Dios no se desoje,
que le hace falta la vista
para velar por la noche
cuando rezais á la reja
amorosas oraciones.
Luisa. Deslenguada!
Juana. Ya me callo.
Luisa. Embustera!
Juana. No se amosque.
El perdonar las ofensas
dicen que es mérito enorme.
(*Se aparta de ella, y coge una barra que hay junto á la pared entre varios utensilios del hortelano.*)
Voy á tirar á la barra:
quién me sigue?... no responden!
Son de alfeñique!... por vida!...
Si yo debí nacer hombre

y andar en los campamentos,
y no en misas y sermones!
Qué placer, ir por el mundo
con su broquel y su estoque
pegando á diestro y siniestro
estocadas y mandobles,
perfumados los mostachos
con humo de los cañones,
y remojado el gaznate
con sendos tragos de aloque!
Vamos, yo me desespero
al pensar que dias y noches
he de vivir encerrada
entre cuatro paderones!
Tentada estoy de hacer una
como la de un rey de entònces,
que diz que por divertirse
incendió toda su corte.

Laura. Porque no vienes, Elvira?

Irene. Deja esas cavilaciones.

Juana. (*Acercándose á ella.*)
Calla! aquí estás retirada?

Elvira. Ya mi carácter conoces,
y no ignoras que á mi pecho
asaltan muchos temores.

Juana. Pues qué, temes que tu padre
como siempre no se porte?
Si está Nápoles cercada
de franceses escuadrones,
en su recinto tenemos
á los tercios españoles,
y á Hernando Alarcon, tu padre,
que gobierna sus pendones.
No, no temas que la suerte
su tino y esfuerzo dome,
pues su victoriosa estrella
aun brilla en el horizonte.
Hernando Alarcon! me animo
solo al pronunciar su nombre;
y eso que no he visto nunca
sus respetables facciones:
diera yo por ser su hija

cuanto se encierra en el orbe!
Qué placer será abrazarle
cuando de la guerra torne,
con el polvo del combate
escarchados sus vigotes.
(*Sigue hablando bajo con Elvira, dando señales de gran entusiasmo.*)

Laura. (*A las otras que han estado oyendo á Juana.*)
Es bastarda, y bien lo muestran
sus bastardas propensiones.

Irene. Qué me dices? yo creía
que sus padres...

Laura. Que eso ignores!
Aquí niña la trageron,
y nadie sabe de dónde:
al menos todos lo callan.

Margarita. Sor Violante la supone
hija de un salteador
de caminos.

Laura. Corresponde
á su natural la estirpe.

Irene. Ilustres progenitores!

Laura. Pero sigamos el juego.

Elvira. No!

Juana. Sí; otro pesar me escondes,
y en vano ocultarlo quieres
con tan sutiles razones.
Esa palidez que empaña
el matiz de tus colores,
esas lágrimas que anublan
el brillo de tus dos soles
no lo causan, como dices,
de la guerra los horrores,
ni la ausencia de tu padre,
ni fantásticas visiones:
un nuevo pesar te acuita
que tus sentidos absorbe,
y lucha dentro del alma
con incontrastable choque.

Elvira. Juana! por mas que me mires
con ojos escrutadores
no trocarás en certezas

lo que son figuraciones.
Por qué te empeñas?...

Juana. Me empeño
porque siento tus dolores,
y la amistad y el cariño
tan justo deber me imponen.
Pues qué, piensas que á tu lado
es mi corazon de bronce?
Ligó el Señor nuestras almas
con tan firmes eslabones,
que las dichas y las penas
hieren á las dos de un golpe.

Elvira. (*Enternecida.*) Sí, bien lo sé, Juana mia.

Juana. Pues si lo sabes, descorre
ese misterioso velo
que en tanta angustia me pone.

Elvira. Revelártelo quisiera;
pero temo... (*Mira con recelo á todos lados.*)

Juana. No te azores;
ninguna escucha, y si vienen
yo haré que no nos estorben:
con solo mover los ojos
empiezan á temblar... Conque...

Elvira. Ay, Juana! que la vergüenza
harás que á mi rostro asome.
Es un delito!

Juana. Delito?
Eso segun y conforme:
no lo es tal, si, como creo,
se trata de mal de amores.

Elvira. Ah! calla.

Juana. Que he adivinado
lo indican los arreboles
que en la pálida mejilla
han asomado veloces.

Elvira. Pues bien; confesarlo es fuerza:
dos meses hace que un jóven
vino á encender en mi pecho
el volcan de las pasiones.
Luché y reluché indignada
con martirios tan atroces;
pedí con fervor al cielo

que aplacára sus furores...
Fué inutil mi resistencia,
y el cielo no oyó mis voces.

Juana. En dos palabras: te quiere
y le quieres: qué demontres!
Para qué andar con suspiros
y buscadas espresiones?
Entre los diez mandamientos
no está el de no te enamores.
Es galan?

Elvira. Como ninguno.

Juana. Necia pregunta! Y es noble?

Elvira. Ilustre cuna acredita
su caballeroso porte.

Juana. Pues vive Dios! no hay motivo
para que así te acongojes.
Quieres ver en lo que pára
ese afan que te carcome?
En que el amador cansado
de andar buscando ocasiones,
se va derecho á tu padre,
y te pide por consorte.
Echará cuatro por vidas
el buen Alarcon: tu Adónis
proseguirá erre que erre
si el viejo nones que nones,
y sucediendo la calma
al tumultuoso desórden,
se dán la mano de amigos
unánimes y conformes.
Te saca de la clausura
una procesion de coches,
te conducen al palacio
entre ilustres señorones,
y recibiéndote el novio
vestido con mil primores,
vais todos á la capilla
donde espera el sacerdote,
que sacudiendo el asperges
y echando dos bendiciones,
os deja matrimoniados:
aquí paz y buenas noches.

Laura.
Margarita. } (*A Irene.*) Prenda! prenda!
Irene. (*Gritando.*) No he perdido!
Margarita. Si tal!
Varias. (*Gritando.*) Pague!
Rectora. (*Dentro.*) No alboroten!
Todas las del corro apaciguándose.
La Rectora!
Juana. (*A Elvira.*) Disimulo!
Enjuga esos lagrimones,
que ya viene renqueando
la madre Inés de San Cosme,
la reina de la hermosura
en tiempo del rey Herodes.

ESCENA II.

DICHAS. LA RECTORA.

Rectora. Vamos, niñas! pronto adentro.
Juana. (*Ap.*) Ya empieza á ladrar el gozque.
Rectora. Hora es ya de recogerse.
Todas. Es temprano.
Rectora. Y las lecciones
cuándo se habrán de estudiar?
El coro es largo esta noche.
Juana. Famoso sueño me aguarda.
Laura. Un ratito y no se enoje.
Rectora. Hay que empezar muy temprano
la novena de San Roque.
Laura. Hasta que Acerico vuelva
de hacer nuestras comisiones.
Rectora. Fué con recado á los padres,
y aun no ha vuelto?
Luisa. Es viejo el pobre.
Laura. Conque dais permiso?
Rectora. Bueno.
Jueguen, pero sea con órden.
Todas. Viva! viva!
Rectora. Poco ruido.
Juana. Que padece sabañones.

(*Todas menos Juana y Luisa forman corro á la derecha: la Rectora se pasea leyendo un libro: Juana va detrás remedándola: Luisa sigue como antes.*)

Juana. Si traerá de ese portillo
la llave y el picaporte?
Vamos á ver.

(*Se va acercando á la Rectora, y al estar al lado se vuelve esta.*)

Rectora. Qué se ofrece?

Juana. Ver si son letras de molde.

(*Poniéndose al lado y mirando el libro, mientras anda buscando los bolsillos de la Rectora.*)

Ay, qué estampa tan bonita!

Rectora. Representa los azotes.

Juana. (*Ap.*) Dónde tendrá los bolsillos?
(*Alto.*) Qué judíos tan feroces!
(*Ap.*) Ah! por fin...
(*Metiendo la mano en un bolsillo.*)

Rectora. (*Notándolo y cogiéndola la mano dentro.*)
Cómo se entiende!

Juana. (*Ap.*) En el garlito pescóme.

Rectora. Qué es esto?

Juana. Que tengo frio...

Rectora. Atrevida! genio indócil!
si no mirára...

Juana. Cuidado,
que os pueden venir las toses.

Rectora. De rodillas!

Juana. Voto al chápiro!

Todas. Qué ha sido?

Juana. (*A la Rectora.*) No se acalore.

Rectora. De rodillas, basilisco!

Juana. (*Poniéndose de rodillas.*)
Ya lo estoy, rinoceronte.

Rectora. Qué está rezando entre dientes?

Luisa. Os está poniendo motes.

Juana. (*A Luisa.*) Acusona!

Rectora. En cruz!

Juana. (*Poniéndose en cruz.*) Hay mas?

Rectora. Y rece tres Pater noster.

Juana. (*Ap. mirando á Luisa y jurándoselas.*)
Qué puñado de alfileres

voy á echar en tus colchones!

Acerico. (*Entrando por la puerta del fondo.*)
Deo gracias.

Todas. A Dios sean dadas.
Acerico!

(*Todas le salen á recibir, y le traen al medio.*)

Acerico. No me ahoguen!

ESCENA III.

DICHAS. ACERICO.

(*Todas le acosan, hablando muy deprisa.*)

Laura. Qué hay de padre?

Irene. Y mi tutor?

Margarita. Qué ha contestado mi tia?

Blanca. Y mi hermana?

Elvira. Qué agonía!

Todas. (*Zarandeándole.*) Responded!

Acerico. (*Pugnando por desasirse.*) Uf! qué calor!
Por las ánimas benditas
dejadme tomar aliento.

Rectora. Orden! órden!

Acerico. Sí; con tiento:
una á una, señoritas;
que vengo tan aturdido,
tan confuso y asustado,
que ya de puro apretado
voy á dar un estallido.
Ay, madre Inés, lo que vi!

(*Se acerca á la Rectora con curiosidad.*)

Rectora. No me ponga en confusion.

Acerico. Las plagas de Faraon
están descargando aquí.
Ui!! cómo está la ciudad!!
Es un campo de batalla:
en gran peligro se halla
toda la comunidad.
No se ven mas que soldados
con las caras denegridas,

y las mechas encendidas,
y arcabuces preparados.
Van y vienen falconetes,
y vienen y van bombardas,
y ballestas y espingardas,
y picas y coseletes;
y caballos galopando
que van las calles hundiendo,
y muchachos que riyendo
ven á su madre llorando.
Ampárenos el Señor!
No se oyen mas que lamentos,
y voces y juramentos,
y el redoble del tambor,
y el sonido del clarin
que á todos saca de quicio:
no hay duda que es el del juicio
que del mundo anuncia el fin.

(*Sigue hablando bajo, dando todas señales de curiosidad y de espanto.*)

Juana. (*Algo apartada, con entusiasmo.*)
Ah! quién tuviera mostachos
para andar entre esa gente!
cómo cebaria mi diente
en esos perros gabachos!
(*Gritando.*)
Viva España!

Todas. (*Asustadas.*) Ay!

Luisa. Qué intenciones!

Acerico. Toda la sangre me ha helado.

Rectora. Perversa!

Juana. Tenga cuidado,
no le dén las convulsiones.

Rectora. (*Amenazándola.*) Si voy...

Luisa. (*Deteniéndola.*) Dejarla es mejor.

Rectora. (*A Acerico, con mucha curiosidad.*)
Conque diga, diga, hermano...

Acerico. Nos dejó Dios dé su mano,
está reinando el terror.

Rectora. Yo mis esperanzas fundo
en el santo escapulario.

Acerico. Yo no suelto ya el rosario

por todo el oro del mundo.
Avisaré á fray Pascual
que venga antes de la misa.

Rectora. Y para qué?

Acerico. Es ya precisa
la confesion general.
Pongámonos bien con Cristo,
no muramos en pecado.

Laura. Pero diga, y el mandado?

Todas. Sí, el mandado?

Acerico. A nadie he visto.

Irene. Pues es buena la aprension!

Laura. Y sin saber de mi casa!

Acerico. Pues con todo lo que pasa
quién tiene resolucion
para andar hecho un perdido
buscando una y otra calle!
Ay! pueden á uno pescalle
y verse comprometido.

Elvira. Y yo tampoco sabré?...

Acerico. Vos, doña Elvira, sí tal:
por cierto que susto igual
en mi vida lo pasé.

Rectora. Qué ha sido?

Acerico. Que al estar ya
de esotra calle á la esquina,
un hombre se me avecina
y me dice: «venga acá.»
Al oir su intimacion,
y al ver su atroz apostura,
me quedé como figura
que llevan en procesion.
Fuese acercando hácia mí,
como si fuera á tragarme,
y le dije: hay que mandarme?
pero temblando, eso sí.
«Y mucho!» me respondió,
echando mano al bolsillo;
pero en lugar de un cuchillo
aqueste papel sacó.
(*Lo enseña.*)

Elvira. (*Ap.*) Qué es esto?

Rectora. (*Queriendo coger el papel.*) A ver.
Acerico. (*Estorbándolo.*) No en mis dias.
Rectora. Obedezca.
Accrico. Si lo hago
me entonan con un zurriago
los trenos de Jeremías.
O lo que es mucho peor,
la lengua me han de sacar,
y me dejan sin cantar
alabanzas al Señor.
Rectora. Esplíquese pronto; vamos!
Elvira. (*Ap.*) Qué confusion!
Juana. (*A Elvira bajo.*) Ya adivino.
Escucha y calla.
Elvira. (*Id.*) No atino...
Acerico. Pues señora... en qué quedamos?
Ah! ya; en que sacó el papel,
y poniéndolo en mi seno
me dijo con voz de trueno:
«oye atento y cumple fiel.
»Mi amo el señor de Alarcon
»esto manda á doña Elvira:
(*Recalcando.*)
»es para ella sola, mira
»que importa la remision.
»En mano propia ha de ser.
»porque... (aquí un redondo taco)
»ojos y lengua te saco
»si otro lo llega á coger.»
Yo sin respirar oí
cuanto él estuvo ensartando;
este dedo meneando,
como quien dice: ay de tí!
Y al acabar se embozo—
tosió—se apretó el chapeo—
lánzome aquí de un voleo—
me hizo un gesto—y se afufó.
Todas. Ui! qué miedo!
Acerico. (*A Elvira dándola la carta.*)
Aquí teneis
el billete consabido,
y atestiguad que he cumplido

la comision como veis.

Rectora. (*Queriendo cogerla.*)
Sin mi permiso...

Juana. (*Poniéndose en medio y cogiendo la carta.*)
Alto allá!
Sed, madre, mas compasiva,
dejad á ese hombre que viva.
(*A Elvira.*)
Tome, hermana.

(*Elvira se aparta á la derecha y todas las demás forman grupo con Acerico al lado opuesto.*)

Todas. (*Preguntándose unas á otras.*) Qué será?

(*Siguen hablando entre ellas con mucha animacion, y Juana en medio del teatro observando á una y otra parte.*)

Elvira. (*Para sí al abrir la carta.*)
Cielos! su letra!

Juana. (*Ap. mirándola.*) Acerté.

Luisa. (*A la Rectora despues de haber observado á Elvira.*)
Se ha estremecido al abrirla.

Rectora. (*Bajo á Luisa.*)
Vete con sigilo á oirla.

(*Luisa va á dirigirse á Elvira con disimulo, y Juana se pone delante.*)

Juana. Atrás!

Luisa. (*Volviendo al corro disimulando.*)
Cómo la engañé.

Elvira. (*Leyendo bajo.*)
«Elvira, del alma mia!
»un obstáculo fatal
»la dicha quiere robarnos
»de nuestro comun solaz.
»Recuerda tus juramentos,
»consulta tu voluntad,
»y si es cierto ese cariño
»conque me hiciste contar,
»no hay que perder un instante,
»y esta noche...»

(*Sigue leyendo para sí, dando muestras de grande inquietud.*)

Juana. (*Ap. observándola.*)
Qué ansiedad!

Acerico. (*Que ha estado como disputando con las del corro: en tono solemne.*)
Al sepulcro caminamos.
Rectora. (*Enfadada.*) Calle!
Luisa. (*A Acerico.*) Por su miedo estamos
con esta curiosidad.
Rectora. No, pues yo lo he de saber.
Juana. (*Ap. despues de haber oido á la Rectora.*)
No, pues yo lo he de impedir.
Rectora. Si no lo quiere decir...
Juana. (*Acercándose al corro con mucho misterio, é interrumpiéndola.*)
Yo os voy á satisfacer.
Rectora. Ah! sí.
Acerico. (*Deteniendo á Juana muy compungido.*)
Quereis qué yo muera!
Juana. (*Desasiéndose.*)
Suelte el mandria.
Rectora. (*A Juana.*) He de premiarte.
Juana. Silencio!
(*Las hace señas de que callen y se va acercando poco á poco á Elvira, que está abismada con la carta, y se la arrebata.*)
Elvira. (*Asustada.*) Qué haces?
Juana. (*Bajo.*) Salvarte.
(*Volviéndose á las demás y en alta voz.*)
Y dice de esta manera:
(*Leyendo.*)
«Elvira, del alma mia!...»
(*Se pára un momento como descifrando la letra.*)
Elvira. (*Ap.*) Cielos!
Juana. Escribe muy mal.
Rectora. (*Queriendo acercarse.*)
Haber si yo...
Juana. Ya lo entiendo.
Madre Inés, haceos allá.
(*Haciendo como que lée.*)
«Elvira, del alma mia,
»estoy dado á Satanás,
»porque esos perros franceses
»no nos dejan sosegar:
»pero voto á San Francisco

»y á la corte celestial,
»que vencidos y arrollados
»por mi mano quedarán.
»Tú entre tanto nada temas
»si oyes el cañon zumbar,
»y ves infestado el aire
»con azufre y alquitran:
»que muy pronto la victoria
»el clarin anunciará,
»y cargado de laureles
»en tus brazos me verás.
»Mándote cerrado el pliego,
»porque temo á la verdad
»que se asusten esas madres
»de mi estilo militar.
»Adios, Elvira, del alma.
»Tu padre Hernando.»
(*A ellas.*) Y no hay mas.
(*Rasga el papel.*)

Rectora. Ui! qué modo de escribir!
Me ha sacado los colores.

Elvira. (*Bajo á Juana.*)
Bien fingiste.

Acerico. Esos señores
al infierno van á ir.
Conque ya veis, madre mia,
que es verdad cuanto conté.

Rectora. Ay! Acerico! si á fé!

Acerico. Llegó nuestro último dia.

Rectora. No estamos mas tiempo aquí.
Vamos.

Juana. Hace mucho miedo.

Rectora. Vamos pronto: andar no puedo.

Acerico. Lo mismo me pasa á mí.

(*Se van todas por la puerta grande de la izquierda.*)

Rectora. (*Desde la puerta á Acerico.*)
Acerico, cierre bien. (*Vase.*)

Acerico. El aviso es escusado.
No se vaya... me ha dejado!
esa madre está en Belen.
Démonos prisa, Dios mio!
Tengo el sudor de la muerte.

(*Va á la puertecita de la derecha, la sacude y la observa por todos lados.*)

Si estará esta llave fuerte?
No hay cerrojo! brr! qué frio!
Atranquemos el porton.

(*Va hácia el fondo, echa la llave y el cerrojo, poniendo despues una tranca. Mientras está hablando y en esta ocupacion, aparece montado en la tapia de la derecha un hombre de muy mala facha, con grandes bigotes y una cicatriz que le cruza toda la cara. Salta en tierra con mucho cuidado y se dirige á la puerta del convento, poniéndose á mirar por la cerradura. La noche ha cerrado del todo, y el teatro está iluminado por la luna.*)

Acerico. (*Cerrando el porton.*)
Que nos matan no hay falencia!
El exámen de conciencia
voy á hacer...

(*Encontrándose con el hombre que está en el primer escalon de la puerta, embozado y con el sombrero sobre los ojos.*) Jesus!

Embozado. (*Con voz aguardentosa y sin inquietarse.*)
Chiton!

ESCENA IV.

ACERICO *y el* EMBOZADO.

Acerico. Ay! Vírgen del alma mia!
qué va á ser de mí.
Embozado. Silencio!
Cuidadito con moverse.
Acerico. Aunque quisiera no puedo.
Embozado. Tanto mejor.
Acerico. Vaya en gracia!
Embozado. Eres el demandadero?
Acerico. Soy el que hace los recados;
ya lo veis, un pobre viejo
que nunca hizo mal á nadie...
Embozado. Poca charla!
Acerico. El labio sello.
(*Ap.*) Sacaremos el rosario.

Embozado. (*Despues de haber mirado por la cerradura de la puerta de la izquierda.*)
Nadie viene.
Acerico. (*Ap. rezando con el rosario en la mano.*)
Padre nuestro...
Embozado. Es Acerico tu nombre?
Acerico. (*Ap. rezando con mucho miedo.*)
Y vénganos el tu reino...
Embozado. Responde!
Acerico. Así me apellidan,
por lo cuco de mi cuerpo.
Embozado. Pues señor, dí con mi hombre.
Acerico. No hubieras quedado ciego! (*Ap.*)
Embozado. Menos temblar, y mas alma.
Acerico. Si no sé dónde la tengo.
(*Ap.*) Cómo haré para escaparme?
Embozado. (*Descubriéndose.*)
Me conoces?
Acerico. (*Ap.*) Ui!!! qué feo!
(*Alto.*) Nunca he tenido la honra...
Embozado. Yo me llamo Stizaferro.
Acerico. (*Ap.*) El nombre es como su cara.
(*Alto.*) Señor mio, lo celebro.
Embozado. Por lo visto no conoces
mi profesion?
Acerico. Ni por pienso.
(*Ap.*) Este es algun condenado
que se escapa del infierno.
Embozado. Será preciso decirte
lo que soy y á lo que vengo,
y así no pondrás obstáculos
á los planes que proyecto.
Acerico. (*Rezando.*) Perdónanos nuestras deudas...
Embozado. Sábete que me mantengo
con la sangre de los prójimos
que santigua este instrumento.
(*Señalando á su daga.*)
Acerico. (*Ap.*) Cómo sudo!
(*Rezando.*) Dios te salve...
Stizaf. Cuando están malos los tiempos,
y por los pocos encargos
está mi bolsillo seco,

:

me dedico á limpiar otros
sin la voluntad del dueño,
que ó buenamente lo suelta
ó malamente le acuesto:
porque ya tengo tal maña
en dejar á un hombre tieso,
que es cosa de dos segundos
zambullida, y muerto el perro:
lo mismito que me sorbo
una copa de lo añejo,
y mira que en esta panza
cabe un tonel de Falerno.
Conque así vamos al caso.

Acerico. (Cómo huele á cementerio!)
(*Alto.*) Mas yo en qué puedo serviros?
Venís á pedir dinero?
los cálices, las casullas?
(*Ap.*) Me condena, no hay remedio.

Stizaf. No tal.

Acerico. Pues diga...

Stizaf. Aspacito,
que traigo un vino tremendo,
y si no me voy con calma
pudiera trocar los frenos.
Conoces á una mujer
que se llama?... no me acuerdo.

Acerico. (Pues estamos enterados:
me va á matar si lo niego.)
No conozco mas mujeres
que las madres del convento;
yo nunca he tenido amores...

Stizaf. Chiton! No se trata de eso.
Una noche, há veinte años,
te entregaron con misterio
un emboltorio...

Acerico. (*Ap.*) Dios mio!
Pues ahora viene lo bueno!
Si será el padre de Juana?

Stizaf. Una chica segun creo?

Acerico. Que acababa de salir
á este valle de lamentos.
Pero yo no tuve parte...

no señor! eso es bien cierto;
y pongo á Dios por testigo...
porque iba á buscar un médico
para la madre Bernarda,
téngala Dios en su seno,
que se puso muy malita
de un atracon de pimientos.
Al pasar por una calle
me agarraron el manteo,
y sin decirme palabra
en las manos me pusieron
un emboltorio tapado
que llevaba este letrero:
«ponedla por nombre Juana
y ese medallon al cuello.»
Yo confuso y aturdido
á casa volví corriendo,
y á las compasivas madres
les conté todo el suceso;
mientras la madre Bernarda
luchando con los pimientos,
por no haber quien la ayudase,
tomó el camino del cielo.

Stizaf. La chica?

Acerico. La encomendaron
á la mujer del portero,
hasta que ya crecidita
la entraron en el colegio,
donde sigue aprovechando,
merced á su raro ingenio,
la saludable enseñanza
que inspiran tales maestros.
Sabe hacer escapularios,
sabe cantar el Te Deum,
y vestir niños de cera,
y confeccionar buñuelos,
y hacer esquisitos dulces;
y...

Stizaf. Basta ya!

Acerico. (*Asustado y rezando.*) Padre nuestro...

Stizaf. Al punto vas á seguirme.

Acerico. Dónde, señor?

Stizaf. Donde quiero.
Acerico. Pero mirad...
Stizaf. (*Señalando la daga.*) Ya te he dicho...
Acerico. Ah! no por Dios!
Stizaf. Oye atento.
Aquella mujer de marras...
ya sabes, la del encuentro...
Acerico. Sí, ya estoy; la de la niña.
Stizaf. Va á dar el último trueno,
y es preciso que tú vengas...
Acerico. Yo nunca agonizo muertos;
avisaré á un confesor...
Stizaf. Revelar quiere un secreto,
y solo á tí...
Acerico. Dios del alma!
Stizaf. Yo tengo interés en ello,
porque al fin, como te dije...
Dios me entiende y yo me entiendo:
conque vamos al avío.
Acerico. En qué vendrá á parar esto?
Stizaf. En que irás á acompañarla,
si no caminas con tiento:
punto en boca y adelante.
Abre ese porton corriendo.
Acerico. (*Abriendo el porton.*)
(*Ap.*) Hago voto de ser monge
si salgo bien de este aprieto.
(*Alto.*) Abierto está.
Stizaf. Pues salgamos.
Acerico. (*Cediéndole el paso.*)
Salid.
Stizaf. (*Haciéndole salir de un empellon.*)
Eh! fuera embelecos.

(*Vanse dejando cerrada la puerta: en cuanto han desaparecido, se abre con mucho cuidado la de la derecha y aparece don Lope.*)

ESCENA V.

DON LOPE.

No hay nadie... el bajo ruïdo

de voces cesó al momento:
sin duda engañó mi oido
algun eco producido
por el murmullo del viento.
Temí... mas puede el temor
caber en el alma mia?
sí, que tiembla ante el honor
de la prenda de su amor
la mas resuelta osadía.
Por tí, Elvira, de la muerte
arrostro el adusto ceño:
poco es para merecerte,
y nada si de esta suerte
logro mi amoroso empeño.
Nápoles sus puertas cierra
á los franceses y á mí,
mas si tal tesoro encierra,
lo que no pudo la guerra
lo puede mi amor por tí.
Y en alas de mi ventura
por contemplar tu hermosura,
con valerosa cautela
burlo del muro la altura
y el fuego del centinela.
Mas si en empresas osadas
nunca conocí el temor,
ante esas puertas sagradas
tiemblo del viento al rumor
y al eco de mis pisadas.
Porque es ese débil muro
mas temible para mí...
que al cabo si mal seguro
arriesgo mi vida allí,
aquí mi amor aventuro.
Mi amor!... tú, Elvira, no alcanzas
de la fé conque me adoras
las inciertas esperanzas:
porque en tu candor ignoras
que hay traiciones y venganzas.
Y que implacables rencores
que los años acrecientan,
nuestros padres alimentan,

y al logro de mis amores
muro invencible presentan.
Mas vencerá mi pasion,
que poco me importa, Elvira,
la venganza de Alarcon
ni de mi padre la ira
si tengo tu corazon.
Huiremos lejos de aquí,
pues tu honor de mí se fia,
siendo si te logro así
esta noche para mí
aurora del mejor dia.
Pero inquieto su tardanza
empieza á tenerme ya.
Si acaso se negará
á coronar mi esperanza
y á la cita no vendrá?
Mas no!... ya sus pasos siento.
Por qué, amor, al pecho quiere
volver cobarde el aliento?
Lógrese con bien mi intento
y venga lo que viniere.

ESCENA VI.

DON LOPE. ELVIRA.

(*Elvira sale del convento.*)

Elvira. Don Lope!
D. Lope. Elvira! mi bien;
ay! lazos tan venturosos,
quién podrá romperlos, quién?
Hoy, que estrechados se ven
para ser siempre dichosos.
Elvira. (*Ap.*) Dios mio! dadme valor.
(*Alto.*) Oye.
D. Lope. Estás temblando?
Elvira. Sí.
Y es muy justo mi temor,
que tengo miedo á tu amor,
y me tengo miedo á mí.

Tiemblo, mi bien, si te digo
que para siempre te alejes,
que á seguirte no me obligo,
que con mi dolor me dejes,
y vaya el alma contigo.

D. Lope. Qué oigo!

Elvira. Para siempre olvida
que ciega y desvanecida
por lograr mi amor tirano,
puse esa llave en tu mano
de tus ruegos persuadida.
Pero no lo olvides, no,
recuerda cuánto te amaba,
y que tu Elvira murió
porque su honor la vedó
lo que su amor anhelaba.

D. Lope. Tú morir! mi bien, aleja
del alma vanos temores:
mira cuál sus resplandores
en tu semblante refleja
la estrella de los amores.
Mírala trazar segura
en su horizonte el camino:
sigamos su lumbre pura,
que nos lleva á la ventura
de nuestro comun destino.
No ves la noche aumentar
en nuestro favor la sombra?
No ves la brisa agitar,
y mullir la verde alfombra
que tus plantas han de hollar?
No oyes los trinos distantes
del ruiseñor que predice
nuestras venturas constantes?
No parece que nos dice:
«Partid, dichosos amantes?»
Ven, nuestro bien está allí,
y su luz retarda el dia
para que huyamos de aquí.
Vamos.

Elvira. No! nunca! ay de mí!
te engaña tu fantasía.

No es la estrella del amor
la que nos muestra el sendero
con incierto resplandor,
es el pálido lucero
de la aurora precursor.
No es, aunque tu oido encanta,
del ruiseñor la armonía
la que el eco nos envía:
es de la alondra que canta
el brillar del nuevo dia.
Vete, que su luz traidora
parece que se apresura
y ya el horizonte dora.
No perdamos en un hora
yo el honor, tú la ventura.
Huye.

D. Lope. Contigo!

Elvira. Jamás!

D. Lope. Y piensas que he de partir?

Elvira. Ah! sí; por mi amor lo harás.

D. Lope. Resuelta á olvidarme estás?

Elvira. Estoy resuelta á morir.

D. Lope. Pues bien, la vida ó la muerte
contigo me han de encontrar;
y si me has de abandonar
aquí esperaré mi suerte,
que no tardará en llegar.
No te dije que estorbaba
un hombre mi dicha?

Elvira. (*Con ansiedad.*) Sí.

D. Lope. Que á él mi valor no alcanzaba?
Que era poderoso?

Elvira. Acaba.

D. Lope. Ese hombre, Elvira, está aquí.

Elvira. En Nápoles!

D. Lope. Solo huyendo
burlar podemos su ira.
Y ve que la estoy temiendo,
porque á tí tambien, Elvira,
llega su poder tremendo.

Elvira. Nunca me has dicho su nombre.

D. Lope. No lo preguntes por Dios.

No mi recelo te asombre,
que es la vida de ese hombre
sagrada para los dos.
Y es mi desventura tanta
y tanto tu amor prefiero,
que si su brazo levanta
antes que oponer mi acero
daré al suyo mi garganta.

Elvira. Me haces temblar.

D. Lope. Y por qué?
No eres tú la que prefiere
mi muerte á cuanto esperé?
Pues si mi Elvira lo quiere
yo contento moriré.

Elvira. Calla!

D. Lope. Bien dijiste, sí.
La aurora despunta ya
que yo aun lejana creí.
La aurora que me verá
morir tan cerca de tí.
Venga su luz en buen hora.

Elvira. Ah! no, calla! huyamos, ven!
Ven, que esa luz no es la aurora,
es mi estrella precursora;
tú sí que dijiste bien.

D. Lope. Vamos, Elvira.

Elvira. No sientes?...

D. Lope. No.

Elvira. Tiemblo!

D. Lope. Calma tu afan.
Contigo al lado serán
vanos los inconvenientes...

Juana. (*Asomando la cabeza por la puerta, y remedando la voz de la Rectora.*)
Cómo se entiende? aquí están?

ESCENA VII.

DICHOS *y* JUANA.

Elvira. (*Dando un grito.*)
Ah!

D. Lope. Qué es eso?

Elvira. La Rectora!

Estoy perdida.

Juana. (*Saliendo.*) Ja! ja!

Elvira. Juana! Dios te lo perdone:

qué susto me has dado.

Juana. Ba!

Quién se asusta de una vieja

teniendo al lado á un Roldan?

(*Poniéndose delante de don Lope y examinándole con descaro.*)

Buena presencia... aire noble...

buen porte...

(*Tentando las pistolas que lleva al cinto.*)

arreo marcial...

Algo tímido parece:

pero en fin, puede pasar.

D. Lope. Pues me gusta!

Elvira. Por Dios, Juana!...

D. Lope. Elvira, no me dirás?...

Juana. Quién soy yo y á qué he venido?

Pues oiga ucé y lo sabrá;

se lo diré en dos palabras,

que estoy por la brevedad.

Elvira es mi amiga, os ama

y huye con vos, bien está;

yo amo á Elvira y tambien vengo

para huir con ella, y no hay mas.

D. Lope. Bueno es esto!

Elvira. Pero yo...

Juana. En vano es negarlo ya;

todo lo he oido; tú tienes

vocacion matrimonial

y huyes con don Lope en busca

del cura y del sacristan;

yo estoy harta de mongío,

de coser y de rezar:

anhelo ver mundo, quiero

ancho campo, libertad;

y el corazon me retoza

cuando oigo el clarin sonar:

pues bien, qué hay de malo en esto?

Tú casada quedarás
y cederá con el tiempo
la cólera paternal:
yo, que no tengo parientes
ni los conocí jamás,
dueña soy de mis acciones
y no te he de abandonar;
conque adelante y que siga
su inclinacion cada cual.

D. Lope. Qué torbellino!

Elvira. Estás loca?

D. Lope. Sin duda, y loca de atar.

Juana. Cómo se entiende? á mí injurias?
Elvira me llamará
como quiera: pero vos
es diferente, y mirad
que yo no tolero insultos:
de hombre á hombre, voto á San!...

D. Lope. Y jura!

Juana. Ucé, señor mio,
sabe con quien se las há?
Pues sepa que no me asusta
la pólvora ni alquitran,
antes estoy en mis glorias;
y si no venga eso acá
y vereis...

(*Arrancando una pistola del cinto de don Lope.*)

Elvira. Tente por Dios!

D. Lope. No he visto locura igual!

Juana. (*Dejando la pistola en el banco de la derecha.*)
Yo loca! sepa el muy necio
descomedido galan
que no es un vano capricho
el que me obliga á tomar
abandonado el convento
resolucion tan audaz:
porque hay en vuestra conducta
misteriosa por demás,
muchas cosas que temer,
muchas dudas que aclarar;
y si á Elvira la deslumbra
del amor la ceguedad,

á mí no, y ha de arder Troya
si derecho no marchais.
De todas vuestras acciones
me constituyo en fiscal
y he de seguiros ahora
que querais que no querais.
Si dando la mano á Elvira
procedeis con lealtad,
ella os ama y santas pascuas,
soy vuestra amiga y en paz:
mas si hay engaño, conmigo
sois en batalla campal.

D. Lope. Pero...

Juana. (*Interrumpiéndole.*) Basta! Y no tomeis
esto á charla y nada mas:
porque en pechos mujeriles
cabe aliento singular,
y tengo yo un corazon
como el del gran capitan.

D. Lope. Será así, mas no teneis
motivos para dudar
ni derecho...

Juana. (*Con ímpetu y enterneciéndose por grados.*)
Cómo es eso?
No tengo derecho? hay tal!
Responde, Elvira, responde;
tú á quien me unió la amistad
desde la mas tierna infancia
con cariño fraternal;
tú que no me desdeñaste
como hicieron las demás
porque me faltaba un nombre
y una alcurnia que ostentar;
responde por mí al que niega
á mi cariño leal,
y á mi gratitud sincera
el derecho de mirar
por tu bien, el de seguirte
y ver tu felicidad.
Respóndele... Pero callas?
Oh! saltándoseme están
las lágrimas... de corage!

al ver que me olvidas ya.

Elvira. Ah! no! nunca, Juana mia. (*Abrazándola.*)

Juana. Aprieta: cuerpo de tal!
y ahora que niegue tu amante
mi derecho á tu amistad,
mi obligacion de seguirte.

Elvira. Ah! sí, don Lope.

D. Lope. Esto mas!
Ved, Elvira...

Juana. (*Interrumpiéndole.*) No hace falta
saber vuestra voluntad.

D. Lope. Pues...

Juana. (*Lo mismo.*) Silencio! aquí le toca
obedecer y callar.

D. Lope. (*Ap.*) Qué mujer!

Elvira. (*A Juana.*) Qué cosas tienes.

Juana. Todas por tu bien serán
(*A don Lope.*) y por el vuestro, aunque poco
lo mereceis en verdad.

D. Lope. Gracias.

Juana. Prometedme ahora
seguir en todo mi plan.

D. Lope. Su plan? bueno será él!

Juana. Es fuerza en primer lugar
que la boda se celebre
sin salir de la ciudad.

D. Lope. (*Ap.*) No lo dije? el plan mejor
para hacerme degollar.

Elvira. Pero no ves que mi padre...

D. Lope. Cierto, su padre...

Juana. A eso va:
yo me encargaré de hablarle
y de poneros en paz.

Elvira. Tú?

D. Lope. Ya escampa! si parece
que la inspira Satanás.

Elvira. Pero si nunca le has visto...

Juana. Y eso qué importa?

Elvira. Osarás?...

Juana. Pues no! yo á todo me atrevo.

Elvira. Su carácter pertinaz...

Juana. Y qué? á terco no me gana,

lucharé de igual á igual;
y así un sueño de mi vida
de paso se cumplirá.
Anhelo ver frente á frente
al célebre capitan
que de valiente y honrado
tiene fama tan cabal.

Elvira. Delirios.

Juana. Estoy segura
que hemos de simpatizar.
Descansa en mí, yo hallaré
algun medio, tú verás.
Le contaré todo el caso,
al pronto se enfadará,
yo en el tono que me hable
procuraré contestar;
querrá echarla de rector,
la echaré yo de guardian;
se enfurece, yo tambien;
monta en cólera, yo mas;
echará un taco, yo dos,
y vendremos á parar,
en que viéndonos iguales
en pulmon y terquedad,
cansados al fin de guerra,
habrá para todos paz.
No es buen medio?

Elvira. Como tuyo.

D. Lope. (*Ap.*) La paciencia pierdo ya.
(*Alto.*) Oye, Elvira: si á seguirme
por mi amor resuelta estás,
no perdamos un momento
en tan inútil afan,
y como quiera que sea
huyamos pronto, ó quizá
no será tiempo.

Elvira. Don Lope!

Juana. (*A don Lope.*) Gracias al cielo que hablais
algo de provecho. Al punto
partiremos; esperad
solo á que cambie este trage
por otro mas militar.

D. Lope. Otra?
Elvira. Qué intentas?
Juana. He hurtado
con diestra sagacidad
un vestido de Acerico,
me lo endoso, vuelvo acá,
y á caballo, voto á cribas!
Elvira. Mas...
D. Lope. (*Ap.*) Qué idea! (*A Juana.*) Sí, marchad,
no os detengais.
Elvira. Pero dime,
á qué viene ese disfraz?
D. Lope. Oh! es muy útil!
Juana. Ya lo creo!
Piensas que á don Lope está
bien el huir de este sitio
con dos damas á la par?
Por Cristo! pareceria
que el robado era el galan.
D. Lope. Bien dice. (*A Juana.*) Pero partid.
Juana. Sí, sí, voy volando.
(*Coge la pistola que dejó en el banco.*)
Elvira. (*Asustada.*) Ah!
Esa pistola! qué intentas?
D. Lope. Qué haceis? teneos.
Juana. Atrás!
Pues cuando con el vestido
mi brio á ostentarse va,
quereis que no lo autorice
con algo conque matar?
Nada de eso: así está bien.
Señores! paso á don Juan.
(*Se va por la puerta del convento.*)

ESCENA VIII.

DON LOPE. ELVIRA.

Elvira. Siempre ese humor.
D. Lope. (*Despues de cerciorarse de que Juana se ha marchado.*) Ven, Elvira:
huyamos sin vacilar

un instante.

Elvira. Pero y Juan?

D. Lope. Su loca temeridad
nos perderia.

Elvira. Yo tengo
fé en su cariño leal.
Y qué quieres? la esperanza
incierta y remota asaz
que han despertado en mi pecho
sus proyectos de alcanzar
con el perdon de mi padre
un término á nuestro mal,
aunque de sueño y quimera
sin duda á tacharlos vas,
unen mi suerte á la suya
con irresistible iman.

D. Lope. Qué escucho! en tales delirios
tu suerte quieres fundar?

Elvira. Quién sabe!

D. Lope. Tú sí que ignoras
cuántos obstáculos hay
que truecan en imposible
de Juana el funesto plan.

Elvira. Qué dices?

D. Lope. Nada! marchemos.

Elvira. Ah! no; sin ella jamás.

D. Lope. Pues bien, para decidirte
todo lo voy á arriesgar.
Sé que vas á despreciarme,
á aborrecerme quizá.
Qué importa? si tu amor pierdo
que se pierda lo demás.

Elvira. (*Con ansiedad.*) Dios mio!

D. Lope. Sabes quién es
ese enemigo mortal
cuyo rencor á mi nombre
solo el tiempo vencerá?

Elvira. Quién?

D. Lope. (*Haciendo un esfuerzo.*)
Hernando de Alarcon!

Elvira. Mi padre! cielos!... piedad!

(*Cae desmayada en los brazos de don Lope.*)

D. Lope. Elvira! mi bien! alienta...
Pese á mi suerte fatal!
Y habré de perder mi dicha
cuando en mis brazos está?
Elvira!
(*Prestando atencion.*)
Mas siento ruido.
Cielos! Juana va á llegar.
No, es á este lado... parece
que abrir quieren; entrarán?
Qué haré?
(*Despues de pensar un momento.*)
Sí, no hay otro medio:
valor y serenidad.

(*Se va acercando con Elvira á la puerta de la derecha, y al mismo tiempo se abre esta y aparece Acerico.*)

Acerico. (*Entrando.*) Ah!

D. Lope. (*Poniéndole una pistola al pecho.*)
Silencio!

Acerico. (*Cayendo de rodillas y tapándose la cara.*)
Dios me valga!

D. Lope. (*Saliendo con Elvira y cerrando la puerta por fuera.*)
Elvira! mia eres ya.

ESCENA IX.

ACERICO.

Jesus! Jesus!! se ha marchado:
era un fantasma! no, dos!
tres, cuatro! válgame Dios!
Qué olor á azufre han dejado.
Vírgen Santa de la Luz!
pensé que me iba á llevar;
yo te prometo rezar
todo el miserere en cruz.
Qué he hecho yo para que así
ande el demonio conmigo?
Si será este diablo amigo
del que me sacó de aquí?
Sí, no hay duda, es cosa cierta;

los dos tienen igual arte;
entran no sé por qué parte,
pero salen por la puerta.
Eso es! estoy en un potro.
Sin duda en mi seguimiento
envió á su amigo; al momento
se lo va á decir al otro.
Pero señor! puede ser
que en este santo lugar
se atreva el demonio á entrar
como en casa de alquiler?
Voy á llamar á las madres,
que saquen el incensario,
que suban al campanario
y que avisen á los padres.
Porque... con razon me aflijo,
debo estar endemoniado
y...

(*Se pára aterrado al ver salir del convento á Juana de hombre con capa y sombrero y la pistola de don Lope al cinto.*)

ESCENA X.

ACERICO. JUANA.

Juana. (*Al salir.*) Qué veo? se han marchado.
Acerico. Otro mas?... este es el hijo!
(*Viendo á Juana que se va acercando.*)
Aparta! mónstruo infernal.
Juana. Hácia allí un bulto se ve.
Acerico. Aparta! juro que haré
hoy confesion general.
Juana. Qué acento! Acerico!
Acerico. Ay Dios!
Sabe mi nombre! yo muero.
Juana. (*Ap.*) Sin duda por él infiero
que huyeron de aquí los dos.
Qué haré? no puedo arriesgar
mucho en descubrirme á este.
(*Alto.*) Oye.
Acerico. Aparte! no me tueste.
Juana. Ven; qué te hace así temblar?

Acerico. (*Acercándose con temor.*)
Pues es diablo comedido;
como tiene poca talla
consistirá en eso... calla!
y se ha puesto mi vestido.

Juana. Qué tienes?... no me conoces?
Soy Juana.

Acerico. (*Acercándose y retrocediendo asustado.*)
Vos?... arre allá!
que el que es diablo robará
los vestidos y las voces.

Juana. (*Impaciente.*) Acabarás, mentecato?
Yo soy Juana, ó quieres que...
(*Le amenaza.*)

Acerico. Nada, no se enfade ucé.
Vaya! es su vivo retrato.

Juana. Aun dudas?

Acerico. Sí, aunque lo veo.

Juana. (*Dándole un bofeton.*)
Pues toma! á ver si lo sientes.

Acerico. Ay! me ha deshecho los dientes;
ahora sí que ya lo creo.

Juana. Gracias á Dios!

Acerico. Uno y Santo!
Vos sois, que en diablo no cabe
ni lengua que á Dios alabe,
ni mano que pese tanto.
Pero no estrañeis mi duda;
como os hallo disfrazada...

Juana. Eso no te importa nada.

Acerico. Bueno es esto, y me desnuda!

Juana. Escucha y responde exacto
á lo que voy á inquirir.
No has visto á nadie salir?

Acerico. (*Asustado.*) Ay! al menos tiene pacto,
pues que por ellos me acosa.

Juana. Responde! ha salido gente?

Acerico. Yo os diré... precisamente
gente no... pero otra cosa.

Juana. El qué? dilo sin rodeo.

Acerico. Pero si vos habeis sido...

Juana. (*Impaciente.*) Dale!

Acerico. Pues bien, ha salido
un demonio y su correo.

Juana. Otra vez la misma tema?
(*Amenazándole.*)
Si tu necedad me obliga...

Acerico. Pues qué quereis que yo diga,
si aun siento que el aire quema?

Juana. (*Ap.*) Aprension tan singular
de algo nace á mi entender.
Tal vez dejándole hacer
pueda mi duda aclarar.
(*Alto.*) Tu semblante, aquí inter nos,
que algo te pasa denota.

Acerico. Si he andado como pelota
toda la noche de Dios.
Aquí me agarra un vestiglo;
allá un demonio me deja
hablando con una vieja
que se muere con un siglo:
de unos me logro escapar,
otros me siguen veloces,
otro me recibe á coces
cuando aquí pretendo entrar!
Ui! Vírgen de la Esperanza!
Qué barullo, qué belen!
Y es lo bueno, que tambien
andabais vos en la danza.

Juana. Yo? (*Ap.*) No sé qué presumir.
(*Alto.*) Vamos, cálmate y refiere
cuanto de tu afan se infiere,
sin abultar ni mentir.

Acerico. La cabeza se me anda!
Al punto que anocheció,
á cerrar me quedé yo
como la regla lo manda.
Pero la puerta se cierra,
y pensad si hay que me asombre,
un diablo en forma de hombre
sale debajo de tierra.
Ah! grito, y con voz de hierro
dice: chiton! quedé mudo:
y añade en acento rudo

yo me llamo Stizaferro.
No sé lo que me pasó
al oir un nombre tal;
solo sé que del umbral,
como quiso me arrancó:
y usando muchas cautelas
y golpes y zurribandas,
me llevó como en volandas
por calles y callejuelas:
hasta que despues de dar
mas vueltas que un arcabuz,
donde brillaba una luz,
de un puntapié me hizo entrar.
Me hallé en un chiribitil,
y en un jergon nada blando
vi que estaba agonizando
un vestiglo femenil.
La vieja con vista estraña
en mí los ojos clavó,
y luego su voz sonó
como al rajarse una caña.
«Sois vos Acerico?—Cierto.
—No me conoceis?—No á fé.
—Yo soy la que os entregué
una niña:..» quedé yerto,
porque esa niña sois vos.

Juana. Yo?

Acerico. Vos! hay pruebas mortales;
me dió todas las señales
que sabeis...

Juana. Sigue por Dios.

Acerico. Apenas la aseguré
que estabais sana y robusta,
cuando su mano vetusta
entre las mias hallé;
y mostrándame un collar
de piedras y filigrana
me dijo: «con esto Juana
»su noble cuna ha de hallar.
»Yo serví á su triste madre,
»que murió con el dolor
»de que el fruto de su amor

»nunca conociera á un padre.
»Pero hoy ya le puede ver;
»y es...» Un taco retumbando,
dejó á la vieja temblando,
y á mí no menos, al ver
á Stizaferro delante
que esclamó: «Eh! punto en boca.
»Venga el collar, vieja loca:
»ya ese hombre sabe bastante.»
Y para mejor cumplir
su comision singular
de un puntapie me hizo entrar,
y de otro me hizo salir.

Juana. Sigue: aun hay mas?

Acerico. Poca cosa!
A tan blanda isinuacion
sin la menor dilacion
puse pies en polvorosa:
mas sentí que uno venia
gritando detrás de mí:
«Eh! buen hombre, venga aquí,
»que hace falta todavía.»
Pero yo sí; aguarda al coco!
De cada tranco que daba
media legua me tragaba
y aun me parecia poco.
Llego aquí, y esto me pasma,
apenas mi mano acierta
á abrir temblando la puerta
me hallo con otro fantasma.
Tambien me manda callar,
y bajo la capa ocultó,
se fué, llevándose un bulto
que no pude divisar.

Juana. (*Aparte.*)
Don Lope y Elvira fueron.

Acerico. Quién?

Juana. Nadie. (*Ap.*) Se han escapado!
(*Alto.*) Dime, en lo que me has contado
nada tus labios mintieron?

Acerico. Que me digais eso á mí!
Lo cuento como pasó.

Juana. (*Con resolucion.*)
Pues bien: es fuerza que yo
vaya ahora contigo allí.
Acerico. Yo? cá!
Juana. Vendrás! (*Con entereza.*)
Acerico. Dios eterno!
Juana. Vendrás, voto á...
Acerico. No jureis!
Ver á ese diablo quereis?
Juana. Sí; aunque sea en el infierno.
Acerico. Qué escucho! poder divino!
Cuánto va que aquí se encaja?
Juana. Mejor! con eso me ataja
la molestia del camino.
Acerico. (*Mirando aterrado á la puerta del fondo.*)
Pues! no lo dije? clavado!
Muero si Dios no me acude.
Juana. Qué hay?
Acerico. No veis cómo sacude
la puerta del emparrado?
Juana. (*Observando.*) Con efecto: quiere entrar.
Acerico. Pues si le llamais es justo.
Juana. Calla!
Acerico. Yo enfermo del susto!
Stizaf. (*Dentro.*) Si acabaréis de acertar?
Acerico. Él es; su voz conocí.
Stizaf. (*Dentro.*) Yo entraré.
Juana. Cosa mas rara!
Hasta ver en lo que pára
ocultémonos aquí.
(*Se ocultan detrás de un árbol á la derecha de modo que quedan sin ser vistos de los que entran.*)

ESCENA XI.

DICHOS. STIZAFERRO *y* TRES ENMASCARADOS.

Stizaf. (*Abriendo la puerta de golpe y entrando.*)
Por Barrabás!
Acerico. (*Ap.*) Su consorte.
Stizaf. (*Hablando hácia dentro.*)
Stefano, Paolo, Andrés! (*Van entrando.*)

Acerico. (*Al verlos.*) Echa! echa!
Juana. (*Contándolos segun van entrando.*)
Uno, dos, tres.
Acerico. (*Bajo.*) Viene con toda su corte.
Stizaf. Los otros quédense fuera
para observar si alguien viene.
Acerico. Digo! y qué bien se previene.
Stizaf. (*A los que han entrado.*)
Dos subid por la escalera
hasta el cuarto del portero
que dejásteis escapar.
Acerico. Aquí entro yo.
Stizaf. Asegurar
su persona es lo primero,
que él nos debe dirigir
adonde esa Juana esté.

(*Dos de los enmascarados entran en el convento.*)

Acerico. Ahora vos.
Juana. Calla!
Acerico. Callé.
Stizaf. (*Al otro enmascarado.*)
Entre tanto á ver venir
aquí quedemos los dos.
Acerico. Si al cabo nos pescará?
Juana. Puede; pero no será
sin venganza, vive Dios!
Pero aun burlarlos espero.
Tienes llave de esta puerta?
Acerico. No; mas quién la dejó abierta?
Juana. (*Ap.*) Don Lope fué á lo que infiero.
Acerico. Huyamos: ya en qué te fias?
Yo por escapar me alampo.
Ven.
Juana. Yo no abandono el campo
sin que haga una de las mias.
Enmascar. Mucho tardan, capitan.
Sabeis que del lance temo?
Es arrojado en estremo.
Stizaf. Donde las toman las dán,
y á mí no me asusta nada.
Si es arriesgada la empresa,
la muchacha es buena presa,

y vendida ó rescatada,
de un modo de oro me cubre,
de otro me salva la vida
si acaso la trama urdida
con el otro se descubre.

Juana. Hola! hola!

Enmascar. No es mal alijo.

Stizaf. (*Mirando hácia el fondo.*)
Quién va?

Enmascar. Los esploradores
son.

Dos enmascarados. (*Entrando por el fondo.*)
Una ronda, señores.

(*Salen los dos que entraron en el convento y todos se ponen en conmocion. Stizaferro los calma y se dirige á observar á la puerta del fondo.*)

Stizaf. Con cachaza!

Juana. Ronda dijo?

Acerico. Sí, mas difícil será
llamarla desde esta casa.

Enmascar. (*A Stizaferro, que vuelve.*)
Habeis reparado?

Stizaf. Pasa
de largo.
(*Dirigiéndose con los demás al convento.*)

Juana. (*Amartillando la pistola.*)
No pasará.

(*Dispara al aire y todos se consternan. Óyense gritos agudos dentro del convento y ruido de armas hácia el fondo.*)

Voces. (*En el convento.*)
Ah!

Enmascar. Traicion!

Stizaf. (*Sacando la espada.*) Nada hay que temer.

Alcalde. (*Fuera.*) Aquí sonó el tiro: entremos.

Juana. (*Huyendo con Acerico por la derecha.*)
Ahora, Acerico, escapemos,
que ya les dejo que hacer.

(*Entran acuchillándose por el fondo la ronda y otros enmascarados. Al mismo tiempo se iluminan las ventanas del convento y se asoman varias monjas y colegialas dando gritos.*)

Alcalde. (*Acuchillando.*) Todo á la justicia ceda.
Téngase!
Varias monjas. Ladrones son.
Otras. Franceses! mueran.
(*Tiran jarras y macetas sobre los de abajo.*)
Muchos. Traicion!
traicion!
Enmascar. Sálvese el que pueda.
Stizaf. (*Acuchillando.*)
Sí por Dios! que esto va malo.
Alcalde. (*Poniéndose delante de Stizaferro.*)
Alto á la ley!
Stizaf. (*Acuchillándole.*) No me obliga.
El que pueda que me siga.
La ronda. Favor al rey!
Stizaferro y enmascarados. (*Abriéndose paso.*)
Palo! palo!
(*Las monjas siguen tirando trastos y dando gritos: los enmascarados y la ronda acuchillándose: la campana del convento tocando á rebato, y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa la casa de Stizaferro, techo aguardillado con vigas, paredes denegridas donde hay colgadas varias espadas y dagas. Una puerta en el fondo y otra á la izquierda en primer término. A la derecha en primero y tercer término una puerta, y en medio de ellas una chimenea á medio encender con un candil colgado en la campana. Frente de la puerta de la izquierda está colocada una mesa y dos banquetas de pino: sobre la mesa un gran jarro y un vaso. Sigue la noche y se oye el ruido de lluvia.

ESCENA PRIMERA.

MAGDALENA. (*Sentada junto al fuego de manga corta, escotada, y zagalejo corto.*)

Mucho tarda Stizaferro!
Hoy es noche de jolgorio;
sin duda cayó trabajo
y anda muy listo el hisopo.
Que haya gente que se ocupe
en oficio tan penoso,
pasando alegre la vida
con la muerte de los prójimos?
Mas qué mucho! si hay mujeres
de mi talle y de mi rostro,
que se afanan noche y dia
por estos hombres de corcho!

Miserias son de este mundo
que á unos baja y sube á otros...
Pero callemos, que el diablo
nunca presumió de apóstol,
y al que le cogió la rueda
paciencia y morderse un codo.
Magnífica está la noche
para andar... mas pasos oigo:
el será; démonos prisa
á descorrer el cerrojo
no me santigue si tardo...

(Abre la puerta, y entran corriendo Juana y Acerico conforme huyeron en el primer acto llenos de agua los vestidos.)

Qué miro!

Juana. *(Al entrar.)* Dios sea con todos.

(Acerico se deja caer en una banqueta sin poder respirar; Juana queda en medio sacudiéndose el agua; Magdalena á la derecha mirándolos asombrada.)

ESCENA II.

MAGDALENA. JUANA. ACERICO.

Acerico. Ya no puedo mas.
Juana. Qué nube!
Acerico. Ampáreme San Antonio.
Magdal. Pues alabo la franqueza!
Qué buscan aquí?
Juana. Socorro.
Magdal. Y sin preguntar?
Juana. Amiga,
llueve mucho y hace lodos.
Magdal. No tienen casa?
Juana. Está lejos.
Magdal. Andad de prisa.
Juana. Soy cojo.
Magdal. Buscad un meson.
Juana. Ya es tarde.
Magdal. Pues al fresco.
Juana. No soy hongo.
Magdal. Mucho desenfado gasta.

Juana. El que me dá este remojo.
Magdal. El muchacho es atrevido!
Juana. La moza es de genio fosco!
Magdal. Conque vamos, desalojen,
y no busquen alboroto.
Juana. Yo solo busco un asilo,
si no me le dán lo tomo.
(*Se sienta á la chimenea.*)
Magdal. Pues yo haré... (*Dirigiéndose hácia ella.*)
Juana. (*Volviendo la cara sin turbarse.*)
Que haya mas fuego?
Magdal. (*Quedándose parada mirándola.*)
El rapaz es como un oro.
Juana. (*Señalando la chimenea.*)
Está apagado.
Magdal. (*Con dulzura.*) Se enciende.
Juana. Con la lumbre de esos ojos?
Magdal. (*Atizando el fuego muy solícita.*)
Con esta leña. (*Ap.*) Es un dige!
Juana. Os conformais?
Magdal. Me conformo.
Juana. Venga esa mano de amigos.
Magdal. Tomadla. (*Mirando la mano de Juana.*)
Es de nieve un copo!
Juana. (*Ap.*) Qué compasiva se ha vuelto!
Magdal. Ya veis, tengo el genio pronto,
pero despues... (*Ap.*) Cómo mira...
(*Alto.*) La compasion...
Juana. Lo supongo.
Magdal. No es una dueña...
Juana. (*Ap.*) Y se turba!
Magdal. (*Ap.*) Qué inocentillo es el mozo!
(*Se quedan en silencio mirándose al soslayo, y se oye á Acerico, que ha estado sin tomar parte en la escena.*)
Acerico. De periculis eruamur
per christum dominum nostrum.
Juana. (*Ap.*) Agitada está la moza.
Cuánto va que la enomoro?
Magdal. (*Ap.*) Pensativo se ha quedado
y me mira de reojo.
Acerico. (*Acercándose con timidez.*)
Y yo podré calentarme?

(*Al ver á Magdalena dá un grito y vuelve la cara.*)
Jesus! cúbrase los hombros.

Magdal.)*Acercándose.*) Qué sucede?

Acerico. (*Retrocediéndo.*) Vade retro.

Juana. Calentaos, padre Sempronio.

Magdal. Tomad asiento á la lumbre.

Acerico. (*Asustado.*) Es un reptil venenoso.

Magdal. (*Cogiéndole de la mano.*)
Venid.

Acerico. (*Dejándose llevar, pero sin mirarla.*)
Dimos de cabeza
en la casa del demonio.

Juana. Dejad de temblar.

Acerico. (*Sentándose de espaldas á la lumbre y á ellas.*) Dios mio!
Con dos mujeres, y solo!

Magdal. Qué dice?

Juana. No le hagais caso;
el infeliz está loco.

Magdal. (*Acercándose á Acerico.*)
Pobre señor!

Acerico. (*Volviendo la cara.*) No te acerques.

Magdal. (*Volviendo al lado de Juana.*)
Bien lo indica ese trastrono.
Es vuestro padre?

Juana. Es mi tio,
y arcediano de Bitonto.

Acerico. (*Ap.*) Ojalá!

Magdal. Mas qué motivo?...

Juana. Se dió á comentar á Escoto
pasando noches y noches
tan embebido en los tomos,
que la contínua leyenda
de aquellos libros en folio,
unida con el reuma
que padecen los canónigos,
segun dijeron los físicos
le atacó á los hipocondrios,
y subiéndose al cerebro,
le fué secando el meollo,
hasta que vino á quedarse
como le veis; hecho un trompo.

Acerico. (*Ap.*) Ya tendrás de penitencia
diez y seis horas de coro.
Magdal. (*Ap.*) Qué lindos ojuelos tiene!
Juana. (*Ap.*) No salí mal del embrollo.
(*Alto.*) Diga, hermana, en esta celda
no se duerme?
Magdal. (*Parándose á escuchar.*)
Dios piadoso!
Juana. Qué ha sido?
Magdal. (*Asustada.*) Sentísteis pasos?
Juana. No tal.
Acerico. (*Temblando.*) Válgame San Zoilo!
Juana. Por qué temblais?
Magdal. Porque es hora
de que vuelva á casa el romo...
Acerico. (*Levantándose precipitadamente.*)
Quién es ese caballero?
Magdal. Salid, salid de aquí pronto,
que si nos sorprende juntos...
de su furor no respondo.
Juana. Vanos temores.
Magdal. (*Poniéndose á escuchar.*) Silencio!
No escuchais pasos remotos?
Sí, no me engaño, él se acerca.
Juana. Es por ventura algun mónstruo
que va á tragarnos?
Magdal. No hay tiempo
para encarecer su enojo.
Si nos sorprende nos mata...
Acerico. (*Dando vueltas aturdido.*)
Señor, por dónde me emboco?
(*Se oye un silbido lejano.*)
Magdal. Oís su señal? nos perdimos!
Juana. Serenidad!
Acerico. Yo me ahogo!
Magdal. (*Acercándose á la puerta primera de la derecha.*)
Este corredor secreto...
(*Sacudiendo la puerta.*)
Cerrado! Maldito estorbo!
Juana. (*Señalando á la puerta de la izquierda.*)
Esta otra puerta?...

Magdal. Es un cuarto
sin salida.
Juana. (*Abriendo la puerta.*) En él me escondo.
Magdal. Pues aprisa.
Stizaf. (*Dentro muy cerca.*) Magdalena!
Acerico. (*Entrando precipitadamente en el cuarto y cerrando la puerta.*)
Nos sacarán con responso.

ESCENA III.

MAGDALENA.

Mejor quisiera encontrarme
de la tierra en lo mas hondo,
que ver fijos en mi frente
sus encarnizados ojos.
Cómo saldré de este apuro?
La Vírgen sea con nosotros!

ESCENA IV.

MAGDALENA. STIZAFERRO.

(*Sin hacer caso de ella, se dirige á la mesa y bebe con el jarro.*)

Magdal. (*Ap.*) Si revelará el semblante
mi susto?
Stizaf. (*Despues de haber bebido.*)
Bueno está el mosto.
Magdal. Cuánto has tardado, bien mio.
Stizaf. Naufragamos en el golfo.
Ha sido noche de perros:
mucho ruido y de esto poco.
(*Haciendo ademan de contar dinero: observándola.*)
Mas qué tienes? alterada
estás... Y no sé qué noto...
Por vida de San Genaro!
A que estabas hecha un tronco?
Dormir estando yo fuera!
Magdal. No te muestres riguroso

con la que el alma daria
por ver alegre tu rostro.
Sentada estaba á la lumbre
pensando en el bien que adoro,
y viendo en mi fantasia
las venturas que ambiciono,
cuando el ruido de tus pasos
me despertó con asombro,
desvaneciéndose al punto
aquellos sueños dichosos.
El sobresalto, la pena...

Stizaf. Quítame esto de los hombros.
(*Magdalena le quita la capa.*)
Vaya una noche! por vida!
(*Quitándose el sombrero y dándoselo á Magdalena.*)
Cuelga el sombrero.
(*Cogiendo el jarro.*) Otro sorbo.

Magdal. (*Despues de haber colgado el sombrero en los gavilanes de una espada.*)
Qué ha sucedido?

Stizaf. Que Paolo
y el hijo de Anton Chamorro
están ajustando ahora
sus cuentas con el demonio.

Magdal. Han muerto?

Stizaf. Como cristianos,
en un convento. Galopos!

Magdal. Nunca pensé que tuvieran
vocacion de religiosos.

Stizaf. Les hizo tomar la ronda
á cintarazos los votos,
quedando monges cartujos,
per secula seculorum.
Maldita ventura mia!
No robar aquel tesoro!...
Pero sé dónde se oculta,
y gano de cualquier modo.

Magdal. Estarás, mi bien, cansado:
entra á gozar del reposo.

Stizaf. Ya puedes seguir tu sueño,
que yo esta noche no ronco.

Magdal. Vas á salir?

Stizaf. A quedarme. (*Se sienta.*)
Magdal. Pues qué motiva?...
Stizaf. Un negocio.
Magdal. (*Ap.*) Esto solo nos faltaba!
Y cómo salen los otros?
Stizaf. (*Levantándose y aplicando el oido.*)
Oiste ruido?
Magdal. (*Ap.*) Cielos!
Stizaf. (*Escuchando.*) Chito!
Magdal. La Vírgen de Castelnovo
nos proteja.
Stizaf. Vete adentro.
Magdal. Pero...
Stizaf. (*Con voz de trueno.*)
Vete, no seas plomo,
que aquí, Magdalena, estorbas,
y necesito estar solo.
Magdal. (*Ap.*) Dios mio! habrá descubierto...
(*Alto.*) Qué te ha puesto receloso?
Temes acaso?...
Stizaf. No quieras
que lo diga en otro tono.
Magdal. (*Acercándose con dulzura.*)
Qué pude hacer, desdichada,
para despertar tus odios?
Deja ese ceño y me mira
con semblante cariñoso;
ya sabes cuánto me pesa...
Stizaf. (*Pegando un puñetazo en la mesa.*)
Eh! basta ya de piropos.
A dormir! que no está el tiempo
para andarse en reconcomios.
Magdal. Tu agitacion me revela
algun peligro espantoso,
y no quisiera, bien mio...
Stizaf. (*Furioso.*) Por vida de! si me amosco...
(*Reportándose y cogiéndola de un brazo, la lleva á la segunda puerta de la derecha.*)
A todo cuanto aquí pase,
ciega vista y oidos sordos,
que si á descubrirlo llegas...
(*Echa mano á la daga.*)

Magdal. (*Con el mayor espanto.*)
Me haces temblar!
Stizaf. (*Pegando un golpe en la daga.*)
Hasta el pomo!
Entra en tu cuarto, y lo dicho.
Magdal. Esplícame...
Stizaf. (*Haciéndola entrar de un empellon.*)
Fuera estorbos.
(*Cierra la puerta con llave, y se la guarda: está un rato escuchando en silencio, como cerciorándose de que Magdalena se ha alejado, y atraviesa con decision el teatro, dirigiéndose á la puerta del cuarto donde estan Juana y Acerico: al ir á coger el picaporte suena un reloj lejano, y le sorprende la accion dejándole parado contando las horas.*)

ESCENA V.

STIZAFERRO. (*Contando las campanadas.*)

Una, dos, tres, cuatro, cinco,
será la hora? siete, ocho,
nueve, diez, once, las doce!
si me retardo la logro.
(*Se dirige precipitadamente á la chimenea: coge el candil, y sacando una llave abre la primera puerta de la derecha, colgando el candil por la parte de adentro, y quedándose mirando: á poco tiempo se oye el ruido de una llave y pasos de una persona.*)
Puntual ha estado á la cita.
(*Hablando hácia dentro.*)
Cuidado en ese escalon.
(*Entra un hombre embozado con el sombrero sobre los ojos.*)

ESCENA VI.

STIZAFERRO. EL EMBOZADO.

Embozado. Buenas noches.
Stizaf. Ya podeis
descubriros, monseñor.
Embozado. Soy acaso cardenal?
Stizaf. Sé que sois hombre de pró,

que esto se conoce al punto
en la facha y el olor.
Conque vamos, señor conde,
al negocio.

Embozado. Conde yo?

Stizaf. El conde Pedro Navarro;
el general sitiador,
que manda en gefe las tropas
de la francesa nacion.
A qué vienen los misterios
conmigo? Válganos Dios!
si al fin me necesitais.

Conde. (*Desembozándose.*)
Pues poca conversacion,
y al asunto cuanto antes.

Stizaf. (*Cogiendo el jarro.*)
A ello, pues.
(*Ofreciéndoselo.*) Sois bebedor?

Conde. Gracias.

Stizaf. A vuestra salud. (*Bebe.*)

Conde. Se trata...

(*Al ver que Stizaferro sigue bebiendo se pára.*)

Stizaf. (*Dejando de beber.*) Escuchando estoy,
que aunque tapo este agujero
oigo bien por estos dos. (*Señala á los oidos.*)

Conde. Eres hombre de cumplir
con muy corta dilacion
la empresa que propusiste
anoche al esplorador?

Stizaf. Tengo cara, por ventura,
de faltar á mi opinion?
Siempre cumple Stizaferro
lo que una vez prometió,
que aunque matar es su oficio,
es honrado matador.

Conde. Es arriesgada la empresa.

Stizaf. Y eso, qué os importa á vos?
Si sale bien, ganais fama
de invencible campeon;
y si mal, yo solo pierdo
la cabeza, y se acabó.
Arriesgada! Tiene chiste

venir con tal aprension.

Conde. Bien conozco que eres hombre
de atrevimiento y valor,
pero tambien necesito
sagacidad, reflexion.

Stizaf. Quién os dice que me falte?
Asaz entendido soy;
porque á tuno, con franqueza,
ninguno me aventajó.
Formais quizá mal concepto
de mi juicio pensador,
porque trato estas especies,
así con tono zumbon?
Pero, qué quereis? buen conde,
cada uno gasta su humor,
y á mí nada me hace mella,
porque es corcho el corazon.
Conque así, vamos al grano,
y acabemos, voto á brios!

Conde. Acabemos. Pues se trata
de vencer al español,
domeñando con astucia
su actividad y teson.

Stizaf. Es decir, hablando claro
sin repulgos de doctor,
que quereis que abra una puerta
para entraros de rondon,
mientras yo con mis amigos
doy que hacer en lo interior.

Conde. Tú mismo se lo indicaste
al hombre que me avisó,
diciéndole que contabas
con gente y con ocasion.

Stizaf. Mas tambien quise informarme
de si érais buen pagador;
porque todo estriba en eso.

Conde. Lo supongo.

Stizaf. Con razon.

Conde. Dime el plan exactamente,
y seré buen tasador.

Stizaf. Pues el plan estriba solo
en tener vino y pulmon.

Desbando por esas calles
toda mi gente feroz;
que hay para encender un reino,
cuanto mas un lugaron,
gritando: viva la Francia,
y muera el emperador!
A estas voces la milicia
corre á sofocar veloz
el fuego que va creciendo
entre grita y confusion,
y quedan unos y otros
consternados de pavor,
cual si oyeran las trompetas
del campo de Jericó.
Saboreando tranquilo
los efectos de mi voz,
corro á abriros una puerta,
cuya llave tengo yo,
y con el mayor sosiego
embocais la procesion,
mientras yo me vuelvo á casa
y os miro entrar vencedor,
atizándome una azumbre
asomado á mi balcon.

Conde. Y del éxito no dudas?

Stizaf. Vaya! es fijo como el sol.

Conde. Las tropas son aguerridas.

Stizaf. Pero en número menor
al de mis crudos lebreles,
que tienen un hambre atroz.
Conque cuánto ha de valerme?
Sin rodeos.

Conde. A eso voy.
Quinientas libras tornesas.

Stizaf. Y el título de baron?

Conde. Qué escucho! Será posible?

Stizaf. Muy posible; por qué no?
Anhelo ver de la corte
el brillante resplandor.

Conde. Te chanceas.

Stizaf. Nada de eso:
y es muy corto el galardon.

Conde. Pues entonces me retiro.
Stizaf. Lo siento, solo por vos.
Conde. Cómo?
Stizaf. Consentís en ello?
Conde. (*Haciendo ademan de marcharse.*)
Jamás!
Stizaf. (*Cogiéndole de la capa.*)
Prestadme atencion.
La suerte de dos naciones
tengo entre mis manos hoy,
muy dispuesto á decidirme
por cualquiera de las dos.
(*Estendiendo las dos manos.*)
Esta es España, esta Francia.
Si aquí poneis el bolson
y el título consabido,
viva la Francia; si no,
os agarrará esta otra
con muchísimo primor,
y os lleva esta misma noche
á venderos á Alarcon.
Conde. (*Aparte.*)
Cielos! no haber sospechado...
Stizaf. Qué tal? soy calculador?
no decíais hace poco
sagacidad, reflexion?...
pues probároslo pretendo
por cuenta del español.
Qué os parece, señor conde?
Conde. (*Aparte.*)
Malhaya quien se fió...
Stizaf. Pensativo habeis quedado.
Conde. De vergüenza y de furor!
que estoy voto á tal corrido
de alternar con un bribon.
Stizaf. Pues lo estraño! porque ahora
no sé quién es el mayor.
Conde. (*Furioso.*) Atrevido!
Stizaf. No deis voces,
que hay un enfermo con tos,
y pudiera...
Conde. (*Empuñando.*) Con mi daga

te haré ver...

Stizaf. (*Cogiéndole el brazo.*) Cá! no señor.
Pueden poco vuestros años
con mi recia complexion.
Tengamos en paz la fiesta,
que bastante cuerdo sois
para conocer que ahora
necesitais al bribon.

Conde. (*Soltando la daga.*)
Fuera mengua que mi acero
empañára ¡vive Dios!
en la sangre de un villano...

Stizaf. Sí, despreciarle es mejor,
diciéndole en dos palabras,
lo que me pides te doy.

Conde. (*Ap.*) Consentir será preciso,
que es mala mi situacion,
y además lo que me ofrece...
(*Queda pensativo.*)

Stizaf. Y bien? qué se decidió?
Grito viva el rey Francisco,
ó viva el emperador?

Conde. (*Sacando un bolsillo y dándoselo.*)
Mañana á la madrugada
al dar las tres el relój,
he de ser dueño de Nápoles.

Stizaf. (*Tomando á peso el bolsillo y haciendo despues una cortesía.*)
Descuidad en el baron.
(*Aparte.*)
Parece que tuvo el conde
su poquito de escozor.

Conde. (*Aparte.*)
Entro á las tres, y á las cuatro
le cuelgo como un farol.
(*Alto.*) Celeridad y sigilo.

Stizaf. Sé cuál es mi obligacion.
Esperad, iré á alumbraros,
que es oscuro el corredor,
y á vuestra edad, señor conde,
no es muy sano un tropezon.

(*Coge el candil y abre la puerta primera de la derecha*

marchándose con el conde. En cuanto han desaparecido abre Juana la de la izquierda y asoma la cabeza: al ver que no hay nadie, sale con resolucion, sacando á Acerico, que viene temblando. Toda la escena siguiente la dicen á media voz y precipitadamente.)

ESCENA VII.

JUANA *y* ACERICO.

Juana. Despierta, cuerpo de Cristo!
Acerico. Vírgen Santa de la O!
Juana. Escuchaste?
Acerico. Sí por cierto.
Pero pronto vámonos,
que tengo ya en los talones
el alma y el corazon.
Juana. Alégrate, vive Cribas!
y desecha ese temor,
que mi estrella venturosa
en el cielo apareció.
Acerico. Pues vámonos con su luz
á buscar otro rincon.
Qué hacemos aquí parados?
estais loca?
Juana. Cuerda estoy.
Acerico. Pues qué os suspende?
Juana. El gozo.
Acerico. No lo dije? se acabó.
Juana. Corre á buscar una ronda...
Acerico. Solo? Imposible!
Juana. Chiton!
Haz pronto lo que pretendo.
Acerico. Pero quereis?...
Juana. Hablador!
Calla y escucha por Cristo!
que pasa el tiempo veloz,
y si vuelve ese demonio
todo mi plan se frustró.
Vas á la ronda y la dices
que aquí se oculta el ladron

que hace muy poco ha llenado
el convento de terror.

Acerico. Pues no vale mas contarla
todo lo que aquí pasó?

Juana. No por cierto: corre pronto.

Acerico. Pues qué? no vamos los dos?

Juana. Yo aquí me quedo.

Acerico. Qué escucho?
Os inspira el tentador?
No sabeis que del convento
el ataque fué por vos.

Juana. Y qué? si no me conoce.

Acerico. No veis esa coleccion
de amenazantes espadas
que teneis al rededor,
y ya de la vaina salen
gritando, tu hora llegó!
Por la Vírgen de Loreto,
por San Juan, San Armengol
y por las santas reliquias
de la piel de Gedeon,
ved...

Juana. (*Interrumpiéndole.*)
Que vas siendo muy posma:
esto ha de ser, voto á brios!
El collar quiero robarle
que á la vieja le robó,
para encontrar, como dijo,
mi ilustre generacion,
ó para sacar dinero
si es joya de gran valor,
y hace el diablo que vayamos
por esos mundos de Dios.

Acerico. Pues en teniéndole preso
no le cobrareis mejor?

Juana. No tal, que los alguaciles
caerán en la tentacion,
y cuando vaya á pedirlo
dirán que se derritió;
y quiero además... silencio!...
(*Poniéndose á escuchar.*)

Acerico. Ay! Señor! Señor!! Señor!!!

Juana. Sal y cumple exactamente
con mi encargo.
(*Se pone á mirar por la cerradura de la puerta de la derecha.*)
Acerico. Ya me voy;
pero...
Juana. Que se va acercando;
corre.
Acerico. Christe exaudi nos. (*Marchándose.*)
Juana. Con sigilo!
Acerico. (*Abriendo la puerta del fondo.*)
Pobrecita!
La mata sin remision. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

JUANA.

(*Sigue acechando por la cerradura de la llave.*)

Qué gozoso viene el tuno
mirando lo que ganó!
Parece un demonio horrible
del candil al resplandor!
Quién dijo miedo? Adelante!
salga pues el medallon
que me pusieron al cuello
cuando vi la luz del sol,
y sáqueme de este apuro:
la suerte va á mi favor. (*Mirando.*)
Ya está en el tramo...
(*Marchándose de puntillas hácia la puerta del fondo.*)
Al ataque!
astucia y resolucion.
(*Abre con cuidado la puerta, y desaparece al mismo tiempo que sale Stizaferro por la derecha con el candil en una mano y en otra el bolsillo.*)

ESCENA IX.

STIZAFERRO.

(Cuelga el candil junto á la mesa y vacia el bolsillo sobre ella, mientras dice los versos siguiente.)

Si me habrá engañado el viejo?
no! que mucho le interesa
llevar á cabo esta empresa,
sin que le cueste el pellejo.
Mañana sin remision,
merced á mi industria y maña,
queda vencedor de España,
y yo me acuesto baron.
Tiempo es ya por vida mia!
que descanse de una vez.
(Contando el dinero.)
Dos, cuatro, seis, ocho, diez,
y diez veinte...

(Ábrese de golpe la puerta del fondo, y entra Juana con la capa arrastrando y el sombrero de medio lado, fingiendo la embriaguez de un muchacho que ha bebido por primera vez, y está sin saber lo que le pasa.)

Juana. Ave María!

ESCENA X.

STIZAFERRO *y* JUANA.

Stizaf. *(Volviendo la cabeza con calma.)* Quién va?

Juana. No se asuste, hermano.

Stizaf. Yo asustarme? Qué vision!
Y qué se ofrece?

Juana. Un colchon,
que vengo calamocano.

Stizaf. Pues quién te ha mandado entrar?

Juana. Nadie... tropecé en la puerta...
al empuje quedó abierta...

y... pues!... me vengo á acostar.

Stizaf. Tomarlo á risa es mejor.
Sabes tú dónde has entrado?

Juana. En un palacio encantado?

Stizaf. Puede ser.

Juana. (*Mirando el cuarto.*)
Tiene primor!

Stizaf. Estriba todo el hechizo,
en que dejes de ganancia
lo que llevas.

Juana. Viva Francia!

Stizaf. Qué escucho!

Juana. Grite, ó le atizo.

Stizaf. Calla, diablo! (Quién será?)

(*Juana se acerca con mucho descaro.*)

Juana. Bien, y qué? vaya un bigote!
señor Judas Iscariote...

Stizaf. (*Cogiéndole de un brazo.*)
Poco juego, y ven acá.

Juana. Suelte!

Stizaf. No quieras que el jarro
en la cabeza te encaje:
di quién eres.

Juana. Soy el page
del conde Pedro Navarro.
De ocultis hemos venido
para hacer... pero chiton!

Stizaf. Me gusta la prevision
que el vejestorio ha tenido!
Quién pone su confianza
en semejante arrapiezo?

Juana. A que le corto el pescuezo
y vamos á tener danza?

Stizaf. Cómo te encuentras aquí?

Juana. No lo estais viendo? de pie.

Stizaf. Responde bien, ó yo haré
que pruebes mi genio.

Juana. Sí?

Stizaf. Por qué estás en la ciudad,
y no te fuistes con él?
di? (*Zarandeándola.*)

Juana. No sacuda el tonel:

voy á decir la verdad.
Pues señor... así que entramos,
maldito si sé por dónde;
me dijo á la oreja el conde:
«Julio, aquí nos separamos.
»Esperarás mi venida
»sin que caigan en sospecha.»
Y partió, como una flecha,
por una calle torcida.
Yo cuando solo me vi
en un parage enemigo,
eché las cuentas conmigo,
y dije: estás mal aquí;
va á sucederte un trabajo
si te llegan á pescar,
y me puse á pasear
calle arriba, calle abajo.
Llegué con miedo á una esquina,
vi alumbrado un tabernáculo,
y sin el menor obstáculo
entré á tomar medicina.
Sacáronme de lo tinto,
luego despues de lo blanco,
y sentándome en un banco
solté dos puntos al cinto.
Echo el ojo al rededor,
observo la compañía...
treinta lo menos habia
jugando á mas y mejor...
No apunta el recien venido?
esclamó toda la gente:
mi corazon dijo tente!
pero los labios envido!
y entre cantar y reir,
y entre beber y jugar,
al conde quise esperar,
pero no quiso venir:
y aquí me teneis plantado
en una calma absoluta;
con la bolsa muy enjuta,
y el gaznate muy mojado.

Stizaf. Tiene chispa, vive Dios!

Juana. Que si la tengo? estremada!
Mañana vereis...
Stizaf. Qué?
Juana. Nada.
Stizaf. (*Pegándola en el hombro.*)
Nos entendemos los dos.
Yo soy el que...
Juana. Sí? Qué gozo!
Conque Francia triunfará?
Stizaf. Y Nápoles me verá...
Juana. (*Ap.*) Metido en un calabozo.
(*Alto.*) Y cómo hareis?...
Stizaf. Punto en boca;
basta ya de confianza:
cuando llegue la matanza,
yo sé lo que hacer me toca.
Y dime, alguno ha sabido
quién eres, y á qué viniste?
Juana. Nadie!
Stizaf. Callarlo supiste?
Juana. Como un muerto.
Stizaf. Hoy has nacido.
Ya te puedes acostar;
te guardaré hasta mañana.
Juana. De dormir no tengo gana,
mejor quisiera jugar.
Stizaf. (*Ap.*) Vaya! el chico es retozon;
pero me agrada. (*Alto.*) A dormir!
Juana. No se quiere divertir?
Aun tengo este medallon.
(*Sacando uno del bolsillo y presentándoselo.*)
Stizaf. (*Ap. observándola.*)
Qué miro!
Juana. (*Ap.*) Tragó el anzuelo.
Stizaf. (*Ap.*) Sí, corresponde al collar.
Juana. Conque lo quereis ganar?
Stizaf. Sí por Cristo! y en un vuelo.
Vamos, pues.
Juana. (*Colocando una banqueta de espaldas á la puerta.*) Sentaos aquí.
Stizaf. (*Sentándose y sacando unos dados del cajon de la mesa.*) Quién esa joya te ha dado?

Juana. (*Cogiendo los dados y observándolos sin dar intencion á lo que dice.*)
A un vejete la he ganado,
que estaba apuntando allí.
Un beaton.

Stizaf. (*Ap.*) Pues! no hay mas!
el maldito del portero.

Juana. Qué poneis?

Stizaf. (*Señalando el dinero que hay sobre la mesa.*)
Este dinero.

Juana. Todo?

Stizaf. Sí por Barrabás!
Daca y tiro.

Juana. Empezaré.
(*Menea los dados y los echa.*)
Ocho! (*Ap.*) En la suerte confio.

Stizaf. (*Ap. cogiendo los dados y meneándolos.*)
Pierda ó gane ha de ser mio.
(*Alto.*) Suelto y digo... seis!

Juana. (*Metiendo el dinero en el bolsillo.*)
Gané.

Stizaf. (*Ap.*) Dejémosle divertir.

Juana. Hay otra cosa?

Stizaf. Un collar.

Juana. Salga.

Stizaf. (*Poniéndolo sobre la mesa.*)
Aquí está.

Juana. (*Mirándolo.*) Buen ajuar!
(*Ap.*) Mucho tardan en venir!

Stizaf. Vamos pronto, y arda Troya!

Juana. Diez! Buen punto.

Stizaf. Chico! chico!

Juana. (*Ap.*) Si me engañará Acerico?

Stizaf. Siete!

Juana. (*Poniéndose el collar.*)
Para mí es la joya.

Stizaf. (*Ap.*) Pobrecillo!

Juana. Hay mas?

Stizaf. Sí, á fé.
(*Poniendo la daga sobre la mesa.*)
Esta daga contra todo.

Juana. No lo vale. (*Examinándola.*)

(*Se abre pausadamente la puerta del fondo y dá un grito.*)
Ah! me acomodo.

Stizaf. (*Sin notar nada de lo que pasa detrás.*)
Qué ha sido?

Juana. Que me pinché.

ESCENA XI.

DICHOS. ACERICO. ALCALDE *y* CUATRO ALGUACILES.

(*Juana menea los dados en alto dando á entender á los otros que se acerquen: estos lo hacen con mucha cautela. Stizaferro permanece inmóvil, con los codos sobre la mesa y apoyada la cabeza en las manos.*)

Juana. (*Con intencion.*)
Al negocio y con cuidado.

Stizaf. Vaya! y con mucho.

Juana. Atencion!

(*Suelta de golpe los dados sobre la mesa, y al tiempo de inclinarse Stizaferro á mirar el punto le sujetan dos alguaciles á cada lado, y el alcalde le echa un paño negro por la cara.*)

Alcalde. Date preso!

Stizaf. Maldicion! (*Le atan.*)

Juana. No te apures: he ganado:
y ya es tiempo de que sepas,
que no soy lo que has creido:
lo del page fué fingido,
y fingido lo de cepas.
Mamola al señor tremendo!
Soy la que quiso pescar,
la persona del collar...
El me entiende y yo me entiendo.

(*Los alguaciles han acabado de atarle, y dice uno de ellos al alcalde.*)

Alguacil. Ya está listo.

Alcalde. A la prision. (*Se le llevan.*)

Juana. (*Abrazando á Acerico enagenada de alegría.*)
Ven, Acerico: triunfamos!

:

Acerico. (*Llorando de gozo.*)
Aprieta!

Juana. Pero corramos.

Acerico. Dónde?

Juana. (*Con el mayor entusiasmo.*)
A casa de Alarcon!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Alarcon. Puerta grande en el fondo y dos laterales; balcones en segundo término.

ESCENA PRIMERA.

ALARCON. URBINA. GONZAGA. MARAMALDO. MORON. *Despues* EL PRÍNCIPE DE SALERNO.

(*Alarcon está sentado á una mesa de la izquierda en primer término, revolviendo papeles. Gonzaga y Moron jugando á los naipes en otra que está á la derecha mas hácia el fondo. Los demás al rededor viéndolos jugar.*)

Moron. Estamos?
Gonzaga. Envido.
Moron. Quiero.
Maram. Ya vereis; gana Moron.
Urbina. Está muy puesto en razon.
Dinero llama dinero.
Moron. Acertásteis.
Gonzaga. Voto á tal!
Maram. No lo dije?
Urbina. Qué sandez!
Ha perdido alguna vez
un proveedor general?
Maram. (*A Gonzaga.*)
Si os dá el naipe de ese modo,
os birla pronto la paga.

Moron. Gran cosa para un Gonzaga.
Urbina. Y para un Moron es todo.
Gonzaga. Cuerpo de Cristo con vos!
Maram. Es mas temible á fé mia
que toda mi infantería.
Gonzaga. No hay paciencia, voto á brios!
Moron. Qué os parece, Juan de Urbina?
Urbina. Mucho con el oro andais,
y no estraño que tengais
esa cara tan cetrina.
Todos. (*Riendo.*) Ja, ja!
Gonzaga. Le ayuda el infierno.
Moron. Gracias por la proteccion.
(*Entra el Príncipe de Salerno, y se dirige á Alarcon.*)
Príncipe. Salud al noble Alarcon.
Alarcon. Guarde Dios al de Salerno.
Qué hay de nuevo en la ciudad?
Príncipe. Nada, todo está en sosiego.
Alarcon. Por Cristo, que ya reniego
de tanta tranquilidad.
Príncipe. Y yo tambien.
Alarcon. Quién diría
que aquí nos tienen sitiados?
Generales y soldados
están llenos de alegría,
anhelando por instantes
que dé el asalto el francés,
para probar en su arnés
el temple de los montantes.
Príncipe. Esto es ya mucho esperar.
Alarcon. De fastidio moriremos.
Gonzaga. Pues mientras tanto juguemos.
Moron. Sí, paciencia y barajar.
Príncipe. Y del francés, qué sabeis?
Alarcon. Que la peste allá se ceba,
y á millares se los lleva.
Maram. General, mucho perdeis.
Alarcon. Há poco dijo el espía
que oyó hablar de retirada
como cosa proyectada,
si la mortandad seguia.
Y el campo levantarán

encaminándose á Francia,
sin que su necia arrogancia
castiguemos, capitan.
Que fuera torpe baldon
intentar una salida
cuando ya faltos de vida
marcharán en confusion.
Plegue á Dios no sea verdad
cuanto dijo aquel villano,
que entonces su orgullo vano
se estrella en esta ciudad.
Sí por Cristo! que el pendon
que aquí pretenden clavar,
destrozado ha de quedar
en las garras del leon.
Y en su demente porfia,
con mengua irán conociendo
que el laurel está creciendo
de Cerinola y Pavía.
Oh! consumiéndome estoy
hasta ver... (*Oyese ruido dentro.*)
Mas, qué rumores?...

Todos. (*Levantándose precipitadamente.*)
Qué es esto?

Juana. (*Entrando con Acerico.*) Nada, señores,
no hay que asustarse, yo soy.

ESCENA II.

DICHOS. JUANA. ACERICO, *que se queda en el fondo.*

Juana. No me dejaban entrar
esas caras de judíos,
y he pegado cuatro voces...

Alarcon. Vive Dios! y qué motivo?...

Juana. Dejadme tomar aliento,
que tan de prisa he venido...
Quién es de vuesas mercedes
el grande Alarcon? De fijo
es el viejo de las barbas
que me mira enfurecido.

(*Dirigiéndose á él y examinándole con descaro.*)

Como lo pensé! clavado!
Noble aspecto, reflexivo,
duro temple...

Alarcon. Acabarás?
A qué vienes?

Juana. No lo digo?
Desarrugad ese ceño
y vengan acá esos cinco,
que me está diciendo el gozo
que hemos de ser muy amigos.

(*Todos se miran asombrados, y le acosan á la vez.*)

Urbina. Estás loco?

Maram. Qué sucede?

Gonzaga. Qué buscas aquí, diablillo?

Príncipe. Qué te se ofrece, á estas horas?

Moron. Quién eres?

Juana. Eh! pocos gritos.
Han de saber vuesarcedes
que no soy asustadizo;
que no tiemblo aunque me acose
un escuadron de genízaros.

Alarcon. Esplícate, voto á cribas!

Juana. Me esplicaré, voto á Crispo!
sino me dejais hablar.

Alarcon. De mi paciencia no fio...

Juana. Pues yo fio de mi calma.
Conque desahogaos prontito,
y contaré á lo que vengo
cuando escucheis mas tranquilo,
que este asunto necesita
mucho pulso y andar listos.

Alarcon. Mira, si á burlarte vienes...

Juana. Cachaza, voy á decirlo:
vengo á salvar á mi patria
de un inminente peligro.

Todos. Ja! ja! (*Soltando la carcajada.*)

Juana. Lo tomais á broma?
pues ved que yo no me río:
es un asunto muy grave.

Príncipe. (*Riendo.*) De veras?

Urbina. Es divertido.

Gonzaga. Dejémosle hablar.
Alarcon. (*De buen humor.*) Qué pasa?
Juana. Vive Dios, señores mios,
que si piensan divertirse
porque soy barbilampiño,
se engañan de medio á medio,
y no sé cómo resisto...
Alarcon. Vamos, cálmate.
Juana. Me calmo
porque lo pedís sumiso,
que sino...
Todos. (*Con fingida gravedad.*) Lo suponemos.
Alarcon. Vamos, di, qué ha sucedido?
Juana. Hay urdida una tramoya
con el malvado designio
de facilitar la entrada
á los tercios enemigos.
El conde Pedro Navarro,
aquí de incógnito vino,
dejándolo todo á punto
para dar el estallido.
Escuchad el plan: mañana
á estas horas, de improviso
van á salir por las calles
un millon de foragidos,
con voces de muera España,
y vivas al rey Francisco;
para que mientras nosotros
con mucha prisa acudimos
á sofocar el incendio
de aquel endiablado cisco,
vaya la gente gavacha
entrando por un portillo,
que un llamado Stizaferro
les abrirá con sigilo.
Este es el plan fijamente:
todo lo escuché escondido
con mi padre, que del susto
se ha quedado paralítico.
Yo vi á Navarro: es un hombre
recio, de rostro amarillo,
con la barba cenicienta,

los ojos de basilisco...

Alarcon. (*Interrumpiéndola.*)
Eso no nos prueba nada;
tú puedes haberle visto
en otra parte, y...

Urbina. Es claro;
el rapazuelo ha bebido,
y embaucarnos se ha propuesto,
pensando que somos chinos.

Juana. Cuerpo de tal! y si añado
que con astucia he prendido
al pícaro que tenia
de esta madeja el principio?

Todos. (*Riendo.*) Ja! ja!

Juana. Si quereis mas pruebas,
aquí tienes el bolsillo
que el franchute dejó al otro
en premio de sus servicios.

Príncipe. (*A Urbina.*) Será verdad?

Urbina. Niñerías.

Gonzaga. (*A Alarcon.*) Puede que venga echadizo.

Moron. (*Al Príncipe.*) Lo dice de una manera...

Alarcon. Quién hace caso de un chico?

Juana. (*Terciando la capa.*)
Conque lo tomais á broma?
Bien está; cuerpo de Cristo!
Sé cuál es mi obligacion
en tan grave compromiso.
Vamos, padre. (*Hace que se va.*)

Alarcon. (*Cogiéndola del brazo.*) Qué pretendes?

Juana. Tomar la posta ahora mismo,
sin parar hasta las plantas
del gran César Carlos Quinto.
Le diré, como el francés
á Nápoles ha rendido,
y como en sus torreones
tremola el pendon maldito:
que pudísteis evitarlo,
que me tratásteis de niño,
tomando á burla y chacota
lo que descubrí solícito.
Ah! ya veremos entonces,

cuando el rayo vengativo
vibre la potente mano
del emperador invicto.
Qué harán los sumos varones,
los héroes esclarecidos,
los que de nada recelan,
que harán entonces? decidlo.
Se humillarán á sus plantas
avergonzados, corridos,
viéndome como un gigante,
viéndolos yo tamañitos.

Urbina. Vive Dios! miente el bellaco.

Juana. (*Con energía.*) Miente mas el que lo dijo,
y todo el que se atreviere
á decirme que he mentido.

Alarcon. Hola!

Juana. Y juro sostenerlo
aquí y en cualquiera sitio
como lo prueba este guante.
(*Tirándolo con arrogancia.*)
Recójalo el de mas brio.

(*Mientras todos se miran asombrados y burlándose de Juana, entra un soldado que dá un pliego á Alarcon: este se aparta y lo lée.*)

Príncipe. Qué tal el rapaz?

Gonzaga. Se esplica.

Urbina. Y tiene su geniecito.

Juana. Tengo el que me dá la gana.
(*Señalando al guante con orgullo.*)
Señores, lo dicho, dicho.

Alarcon. (*Acabando de leer se acerca al corro.*)
Tiene razon el muchacho.

Urbina. Qué decís?

Alarcon. Que hay plan urdido:
ved el parte que me envía
el general Lerodino.
(*Cogen el parte los generales y lo léen para sí.*)
Hay señales de tumulto...

Juana. Hola! Conque no he mentido?
Gracias á Dios.

Alarcon. (*Se sienta á la mesa y escribe.*) Sí por cierto.

Urbina. (*A Juana.*) Venga esa mano.

Juana. (*Estrechándola.*) La admito.
Príncipe. Nos perdonarás?
Juana. Seguro.
Alarcon. (*Al soldado dándole el papel que ha escrito.*)
Y dile que yo te sigo.
Juana. Dejémonos de perdones,
y vamos á lo preciso.
Remediemos cuanto antes...
Urbina. (*A Alarcon.*) Señor, qué habeis decidido?
Alarcon. (*A Juana.*) Salte allá fuera.
(*Forma grupo con los generales á un lado, hablando con animacion, y sin notar que Juana se ha quedado.*)
Juana. No quiero.
Tengo voto en el concilio.
Vaya! pues eso faltaba. (*Se acerca al corro.*)
Urbina. Rompamos el armisticio.
Príncipe. Pero ya veis, el tratado...
Juana. No reparar en pelillos;
cañonazo y tente tieso.
Nada; granizo, granizo!
Alarcon. Aun estás aquí?
Juana. Y es claro;
dar mi voto necesito.
Alarcon. (*A los generales.*) Señores, á los cuarteles,
y ya pasaré el aviso.
Juana. (*A Alarcon.*) Decidme cuál es mi puesto.
Alarcon. Quedarse aquí.
Juana. Vive Cristo!
Alarcon. Y cuidado con la lengua,
que si sueltas lo mas mínimo...
ya me conoces!
Todos. (*Marchando.*) Salgamos. (*Vanse.*)
Juana. Va á empezar el estropicio.
(*Frotándose las manos, y sentándose en el sillon que hay junto á la mesa de la izquierda.*)

ESCENA III.

JUANA. ACERICO.

Acerico. (*Levantándose y dirigiéndose á Juana.*)
Jesus! Jesus!

Juana. (*Dándose importancia.*) Qué te asombra?
Acerico. El alma tengo en un hilo.
Qué trapisondas, qué enredos!
En buena estamos metidos.
Juana. (*Levantándose y plantándosele delante con gallardía.*)
Eh! qué tal, no te parece
que me he portado, Acerico?
Acerico. Calla y reza cuanto antes
de difuntos el oficio.
Juana. Esto es vivir, voto á criba!
y lo demás desatino.
Ya me tienes en mi centro.
Ah! con qué placer respiro!
Mi corazon se entusiasma
con el militar bullicio,
y el retintin del acero
me regala los oidos.
Acerico. A mí no, que ya estoy sordo,
perniquebrado, tullido,
y si respiro mas tiempo
estos aires tan dañinos,
si no me dá un accidente,
por lo menos muero tísico.
Juana. Vengan penas. Ahora sí
que abrí á mi gloria camino,
y mal me han de andar las manos
si á favor de este vestido
no me gano una gineta
á cintarazos y á tiros.
Acerico. Qué escucho!
Juana. Ya me parece
estar luciendo mi brio,
oprimiendo los ijares
de un rozagante morcillo,
que al frente de mis soldados
marcha á compás dando brincos,
sacudiendo la cabeza
y pegando resoplidos,
con el sonoroso estruendo
de las cajas y los pífanos;
tú me servirás de page.

Acerico. (*Santiguándose.*) Sicut erat in principio
et nunc et semper. Amen. (*Hace que se va.*)
No quiero estar mas contigo.

Juana. Dónde vas?

Acerico. A la parroquia
por un hisopo y un Cristo,
para sacarte los malos
y sacármelos yo mismo,
pues segun tiemblo de oïrte,
alguno se me ha metido.

Juana. Calla, y no digas sandeces.

Acerico. Callo, y sandeces no digo.
Mas dime tú si saldremos
con bien de tanto embolismo,
si te descubren la hilaza
por tu rostro barbilimpio.

Juana. Saldremos como salgamos;
bien á bien ó dando chirlos.
Para mí todo es igual.

Acerico. Para mí no, por San Críspulo!

Juana. Y si hablas otra palabra
que dé de mi sexo indicios,
para que á callar aprendas
haré con tu lengua pisto.

Acerico. Alto! para mí ya eres
un mozo como un castillo.

Juana. No lo olvides, ni tampoco
lo que ya te tengo dicho;
aquí pasas por mi padre.

Acerico. Antes pasé por tu tio,
y tanto por mí ha pasado
que parezco pasadizo.

Juana. No te dé pena, que pronto
con el collar del bandido,
por el padre verdadero
trocaré el padre postizo.

Acerico. Dios lo haga, y á mí me ampare;
mas, sabes lo que imagino?

Juana. Qué? vamos.

Acerico. Que si es verdad
lo de á tal padre tal hijo,
tú eres hija cuando menos...

Juana. De quién? di.
Acerico. De un torbellino.
Juana. Calla, necio!... Mas parece
que alguien viene...
Acerico. (*Asustado y mirando hácia el fondo.*)
Jesucristo!
Una sombra negra!
Juana. A ver.
Acerico. Mira.
Juana. Si mal no distingo
es una mujer tapada
que se dirige á este sitio.
Será acaso alguna dueña.
Acerico. Una dueña? no me admiro:
faltaba en la coleccion
de fantasmas y vestiglos,
que esta noche me persiguen.
(*Se retiran á la derecha en el fondo.*)
Juana. Aquí está: no hagamos ruido.

ESCENA IV.

DICHOS, *y* ELVIRA *tapada hablando con un criado.*

Elvira. Decid á Hernando Alarcon
que una tapada le busca,
y necesita su amparo
por noble y por sangre suya.
Juana. (Esa voz...)
Elvira. Cielos! ya estoy
(*Entrando y descubriéndose.*)
al fin de mis desventuras.
Juana. No me engañé: Elvira!
Elvira. Juana!
tú aquí!
Acerico. La Vírgen me acuda!
otra nueva brujería.
Cuánto va que nos empluman?
Juana. Suspensa has quedado.
Elvira. Sí:
y mi admiracion es justa
al verte aquí en ese trage.

Juana. Eso te tiene confusa?
No te ofrecí que resuelta
á seguir vuestra fortuna,
de tu padre alcanzaría
el perdon de vuestra culpa?
Pues héme aquí! O te sorprendes
de qué mi palabra cumpla,
porque tú me abandonaste
olvidada de la tuya?

Elvira. Ah! calla: no me recuerdes...

Juana. Qué hay? Qué revela tu angustia,
tu turbacion? Por qué vienes
á tu casa sola, oculta?
(*Con impaciencia.*)
Habla, qué diantre! y salgamos
de una vez de tanta duda.

Elvira. (*Llorando.*) Juana!

Juana. Dónde está don Lope?

Elvira. Ay! no lo sé.

Juana. Qué pronuncias?
Te ha abandonado? Lo dije!
Si á mí no me engaña nunca
el corazon: mira ahora
si eran mis sospechas justas.
Villano! pero me alegro
porque emprendiste la fuga
sin mí: veremos si ahora
de mi prevision te búrlas.
Te está muy bien empleado.

Elvira. Juana, tú tambien me culpas!

Juana. Ah, no! perdona, perdona:
te aflijo con mis locuras;
¡pobre Elvira! cuando el alma
diera por calmar tu angustia.
Pero habla, qué ha sucedido?
dónde ese traidor se oculta?
Yo hallaré á tu mal remedio.

Elvira. No le hay ya sino en la tumba!
Deshonrada, envilecida,
sin esperanza ninguna:
acaso muerto mi amante,
ó burlada mi ternura,

la muerte es justo castigo
de mi imprudente conducta.

Juana. Ah! calla, ó me harás llorar
y es una vergüenza.

Acerico. Y mucha!
Yo tambien lloro y no entiendo
nada de esta barahunda.

Juana. Dejemos lamentaciones
y cuéntame tu aventura,
que con lloros ¡voto al diablo!
no se vence á la fortuna.

Elvira. Qué te diré? si aun un sueño
horrible se me figuran
tan impensadas desdichas
como en mi daño se juntan.
Ni aun sé cuándo del convento
abandoné la clausura.
Solo sé que me propuso
don Lope emprender la fuga
sin tí: pero al ver que en vano
para convencerme lucha,
tal secreto me dijeron
sus labios, que yerta y muda
perdí el sentido á la voz
que nuevos males me anuncia.
Ah! por qué volví á la vida!
No sé qué horrible aventura
de los brazos de don Lope
me arrancó casi difunta:
pues cuando abiertos mis ojos
con ansia mortal le buscan;
cuando apenas recobrada
mi voz, dónde estoy? pronuncia,
«en Nápoles,» me responde
con voz severa y adusta
un anciano, que á mi vista
se ofrece en la sombra obscura;
y luego añadió: «á don Lope
no volvais á nombrar nunca,
que mal su loca pasion
con mis rencores se aduna,
y no puede vuestra sangre

unirse á la sangre suya.»
Quise hablar, pero agitado
por el asombro y la duda
mi pecho, lanzó un gemido
que el labio apenas formula.
Quién sois? le pregunto al cabo;
mas su mirada sañuda
selló mi labio, y el suyo
nada respondió á mi angustia.

Juana. No sabes su nombre?

Elvira. No.

Juana. Estraño misterio!

Elvira. Escucha.

En esto un hombre se acerca,
á quien el viejo pregunta
por don Lope, y le responde:
«le dejo en parte segura:
pero despachad, que hay riesgo
si acaso la guardia mudan.»
Acercóse á mí el anciano,
y con sarcástica burla
«si callo mi nombre, dijo,
razon hay; si mi conducta
os agravia, para ello
derecho y poder me ayudan;
y si vuestro padre quiere
de mi proceder disculpa,
sepa que si en vos le afrento
es una venganza justa,
y en este pliego hallará
la razon en que se funda.»
Y poniéndolo en mis manos
se aleja como confusa
sombra, mandando primero
al hombre que me conduzca.
Volví de mi helado asombro
al sentir su mano ruda
que vigorosa me arrastra
por opuesta calle oscura.
Quise gritar, mas la voz
á mi garganta se anuda,
y casi muerta, cediendo

á la fuerza que me impulsa
me hallé cerca de esta casa
sola con mi desventura;
donde apenas recobrada,
entré con el velo oculta,
resuelta á ver á mi padre
y confesarle mi culpa,
para que en mí descargando
todo el rigor de su furia,
con mi triste vida acaben
las desdichas que me abruman.

Juana. (*Dando una patada en el suelo, entre enternecida y furiosa.*)
Infames!

Acerico. Jesus! Jesus!
Esto en el siglo se usa!
Hijas, el diablo anda suelto:
contra nosotros le azuza
vuestro delito en sacarme
de aquella santa clausura,
donde paloma sin hiel
era yo monja con trusas.
Mirad que estais en pecado,
mulieres pecata multa.

Juana. Si no callas te santiguo.

Acerico. (*Dándose golpes de pecho.*)
Mea culpa! mea culpa!

Juana. Elvira, aquí lo que importa
no es perderse en conjeturas,
sino hallar pronto un remedio
que de la cólera justa
de tu padre te proteja,
mientras que mi ingenio busca
luz á tan raros misterios,
venganza á tales injurias.
Perdiste el pliego?

Elvira. No: el hombre
lo prendió de mi cintura. (*Se lo dá.*)

Juana. (*Mirándolo.*) Sellado con armas viene,
mas yo no entiendo de alcurnias.
Por vida!... estoy por abrirle;
así saldremos de dudas.

Elvira. (*Deteniéndola.*) Ah! tente, Juana.
Juana. Por qué?
Elvira. Tu resolucion me asusta,
pues viene para mi padre.
Juana. Y qué? tal vez se le escusa
un pesar, y de tu suerte
el remedio nos procura.
Fuera miedos! (*Hace ademan de abrirle.*)
Alarcon. (*Dentro.*) Pronto aquí,
Urbina, Mendoza, Acuña!
Elvira. Ay Dios! mi padre!
Acerico. Aquí es ella!
Juana. (*Señalando á la izquierda.*)
En ese cuarto te oculta.
Acerico. Y yo.
Juana. De mi cuenta corre
arreglar con él las tuyas.
Elvira. Qué vas á decirle?
Juana. Todo:
las cosas ó pronto ó nunca.
Elvira. Pero no temes?...
Juana. Yo nada.
(*Abriendo la puerta de la izquierda y haciéndola entrar.*)
Despacha.
Acerico. (*Siguiendo á Elvira.*) La desmenuza!

ESCENA V.

JUANA. ALARCON. URBINA *y* OFICIALES.

Alarcon. (*Entrando.*) Pronto! aquí todos!
Urbina. Señor!
qué hay?
Alarcon. No me habeis advertido
que la ronda habia prendido
al infame malhechor
que de asaltar el convento
tuvo la rara insolencia?
Urbina. Sí, mas luego...
Alarcon. A mi presencia
conducidle aquí al momento.
Urbina. No será fácil pescalle.

Alarcon. Cómo es eso? pese á mí!
Conque se ha escapado?
Urbina. Sí.
Apenas se vió en la calle
sus ligaduras rompió,
y amparado de un acero,
á este quiero á este no quiero,
mató dos hombres y huyó.
Alarcon. Qué oigo?
Urbina. Fué accion atrevida.
Alarcon. Que se le busque en mi nombre.
Id todos! ver á ese hombre
me importa mas que la vida.
Id, capitanes!... volad!
Aquí le habeis de traer
aunque haya que remover
piedra á piedra la ciudad.
(*Los capitanes se van y dice á los demás.*)
Despejad todos!
Juana. (*Ap. quedándose retirada en el fondo.*)
Yo no.
El nudo se va enredando;
pero con maña cortando
sabré desatarle yo.

ESCENA VI.

ALARCON. JUANA.

Alarcon. (*Sin ver á Juana, mirando una carta y paseándose descompasadamente.*)
Cielos! que á Elvira robaron!...
Pero qué intento ha podido?...
Yo he de perder el sentido.
Si las monjas se engañaron
y algun encubierto amor
ha sido causa bastante...
(*Se queda pensativo.*)
Juana. (*Ap.*) Que te quemas.
Alarcon. (*Dando un taconazo.*) Un amante!
Por Santiago! esto es peor.
Juana. (*Ap.*) El viejo está hecho una fiera:
cómo salir de este enredo?

Qué diantre! quién dijo miedo?
Salga el sol por Antequera.
(*Se va acercando.*)

Alarcon. (*Despues de una pausa y siguiendo el mismo pensamiento.*)
Pero imposible, estoy loco.
(*Juana tose y Alarcon se vuelve.*)
Quién aquí se atreve á entrar?

Juana. Yo. (*Adelantándose con descaro.*)

Alarcon. No mandé despejar?
Salid de aquí.

(*Dá esta órden con imperio, y se sienta despues pensativo junto á la mesa. Juana se sienta con resolucion al lado opuesto.*)

Juana. (*Sentándose.*) Aguarda un poco.

Alarcon. (*Volviéndose al ruido.*)
Esto me queda que ver?
Os sentais?

Juana. Pues claro está.

Alarcon. La paciencia pierdo ya.
Despejad.

Juana. (*Arrellanándose en el sillon.*) No puede ser.

Alarcon. Pues me gusta! Hay tal esceso!
cuánto va que si me enojo
por ese balcon le arrojo?

Juana. Tampoco puede ser eso.

Alarcon. Cómo no? Si aguardas mas!...
Pues estoy de buen humor.

Juana. No le tengo yo mejor.

Alarcon. (*Levantándose.*) Por Cristo!

Juana. (*Idem.*) Por Barrabás!

Alarcon. (Tambien jura como yo!
su travesura me agrada.)
Qué me quieres?

Juana. Casi nada.
Pasó el chubasco?

Alarcon. (*Sonriéndose.*) Pasó.

Juana. Vengo á daros un consejo. (*Con gravedad.*)

Alarcon. (*Volviendo á incomodarse.*)
Un consejo! y á mis años!

Juana. Ahí vereis; casos estraños...

Alarcon. Calle el rapaz. (*Con mal modo.*)

Juana. (*Idem.*) Oiga el viejo.
Alarcon. (*Ap.*) De mala gana le riño.
(*Con befa.*) Consejos!
Juana. (*Con energía.*) Sí, por mi nombre.
Alarcon. (*Ap. mirándola fijamente.*)
El rapaz parece un hombre.
Juana. (*Idem.*) El viejo parece un niño.
Alarcon. En fin, acaba de hablar,
y pronto, pesia tu alma.
Juana. Al momento si con calma
me prometeis escuchar.
Alarcon. Vive Dios! no me acomodo!
Lo tomaré á mal ó á bien.
Juana. Pues vive Dios! yo tambien
lo diré de cualquier modo.
Alarcon. Pues á ello.
Juana. Pues atencion.
Lo del robo no es mentira;
pero el que aguardais, de Elvira
no sabrá daros razon.
Alarcon. Poder del cielo! qué escucho!
Tú ese misterio penetras?
Juana. Leo algunas de sus letras,
que soy en misterios ducho.
Alarcon. Di pronto quién la robo?
(*Cogiendo á Juana con fuerza y llevándola á un lado.*)
Quién con tan osado intento
pudo entrar en el convento?
No fué ese bandido?
Juana. No.
Alarcon. Quién?
Juana. Ya lo habeis sospechado.
Un galan.
Alarcon. Desdicha fuerte!
Y ella?...
Juana. Le ama.
Alarcon. Y de esa suerte
mis canas ha deshonrado!
Juana. Adios: ya tomó carrera.
Escuchadme.
Alarcon. Dónde está?
Mi venganza probará...

Juana. (*Con dulzura.*) Y si desdichada fuera?
Alarcon. Elvira?
Juana. Sí.
Alarcon. Escusas vanas!
He de lavar ¡vive Dios!
con la sangre de los dos
la deshonra de mis canas.
Juana. Pues no es fácil.
Alarcon. Y por qué?
Juana. Porque no alcanza el castigo
si yo lo demás no digo.
Alarcon. Lo dirás.
Juana. (*Cruzando los brazos.*) No lo diré.
Alarcon. (*Agarrándola del brazo.*)
Mal tu ingenio lo trazó:
y pues te tengo sujeto,
yo te arrancaré el secreto.
(*Con fuerza y sacudiéndola el brazo.*)
Quién es el amante?
Juana. (*Sin turbarse y despues de meditar un momento.*) Yo!
Alarcon. (*Asombrado y soltándola.*)
Cómo! Tú?
Juana. (*Ap.*) Soltó la presa.
Yo! si lo es quien con arrojo
sabe arrostrar vuestro enojo
y en salvarla se interesa.
Yo! si es amante el que osado
procurará en este lance
protegerla á todo trance
y dejar su honor vengado.
Mas no soy yo si se trata
del que cobarde ó traidor
burló su inocente amor
con torpe fé y alma ingrata.
No soy yo quien se complace
en ultrajar su decoro
y una venganza que ignoro
de este modo satisface.
No soy yo quien con engaños
y cautelas ¡vive Dios!
pretende manchar en vos

la gloria de tantos años:
que amo á Elvira, sin que intente
nada que á su daño cuadre,
y á vos porque sois su padre
y por honrado y valiente.

Alarcon. Por Cristo! oyéndote estoy
y comprenderte no puedo.

Juana. Pues yo de todo este enredo
la trama á esplicaros voy.
El vil con quien engañada
huyó Elvira del convento
la ha dejado hace un momento
en la calle abandonada.

Alarcon. A mi hija! quién? vive Dios!
su nombre! su nombre al punto.

Juana. Eso si mal no barrunto
dirá esta carta á los dos.

Alarcon. Una carta! mas qué veo!

(*Cogiéndola, reparando en el sello y examinándole con la mayor agitacion.*)

Juana. Conoceis el sello?

Alarcon. (*Abriendo la carta.*) Sí,
y por él solo ¡ay de mí!
cuántas desdichas preveo!
(*Leyendo con la mayor agitacion.*)
«Honra con honra se venga.
»Yo os debo antiguos agravios
»de los que olvidar no pueden
»ni la razon ni los años.
»Hace veinte que á mi hermana
»tendísteis astutos lazos,
»y entre ellos perdió la vida,
»y quedó mi honor manchado.
»Hoy dentro de esas murallas
»que guardais y yo combato,
»me depara la fortuna
»la ocasion que anhelé tanto.
»La honra de un padre me llevo;
»vos teneis la de un hermano:
»lucha fué de igual á igual,
»é iguales los dos quedamos.
»Mas si á Nápoles conquisto

»y vencedor me proclamo,
»inclinará vuestra sangre
»la balanza de mi lado,
»y haré ver lo que hay de vos
»al CONDE PEDRO NAVARRO.»

Juana. Qué escucho!

Alarcon. Suerte traidora!
Quién esta carta te dió?

Juana. A Elvira se la dejó
el que vuestro honor desdora.

Alarcon. Infame! Pese á mi estrella!
Y mi furor no le alcanza!
Oh, venganza!

Juana. Sí, venganza!
pero perdon para ella.

Alarcon. Infeliz! no fué mi error
lo que dió causa al villano?...

Juana. Pues dadme en prenda esa mano
y á ella un abrazo.

ESCENA VII.

DICHOS. ELVIRA. ACERICO.

Elvira. (*Saliendo precipitadamente y queriendo arrojarse á los pies de su padre.*)
Señor!

Alarcon. (*Abrazándola.*) Hija!

Elvira. Padre!

Juana. (*Frotándose las manos.*) Bien por Dios!
Bien! (*A Elvira.*) Para eso no se llora.
Apretad firme. (*Colocándose en medio.*)
Y ahora
abrazadme á mí los dos.

Alarcon. (*Abrazándola.*) Lo mereces, voto á tal!

Elvira. (*Lo mismo y á media voz.*)
Todo te lo debo á tí.

Acerico. (*Ap. junto á la puerta enternecido.*)
Y nadie me abraza á mí.

Urbina. (*Saliendo apresuradamente y tropezando con Acerico.*)
Señor, señor!

Acerico. (*Ap. asustado.*) Animal!

ESCENA VIII.

DICHOS. URBIÑA.

Alarcon. (*Volviéndose con ímpetu.*)
Quién entra sin mi permiso?
Urbina. Yo... (*Parándose cortado.*)
Alarcon. (*Volviéndose á su hija y bajo.*)
Cubra tu rostro el manto,
no adivinen indiscretos
afrentas que aun no he vengado.
Qué hay, Urbina?
Urbina. El malhechor...
Alarcon. (*Interrumpiéndole.*)
Le hallásteis?
Urbina. Un hombre hallamos
que tal vez será el bandido,
porque quiso resguardado
con una fingida seña,
salir á tal hora al campo.
Alarcon. (*Con ansiedad.*)
Y dijo su nombre?
Urbina. En balde
todos se lo preguntamos:
contesta que importa veros
y á vos solo revelarlo.
Alarcon. Conducidle al punto. (*Vase Urbina.*) (Cielos!
con cuántas dudas batallo.)
Vosotros dejadme solo.
Y tú escondida en tu cuarto, (*A Elvira.*)
nadie sepa tu desdicha
por si vengarla no alcanzo.
Juana. La vengareis, voto á cribas!
No hay que afligirse entre tanto.

ESCENA IX.

ALARCON. *Despues* URBINA *y otros soldados que conducen á un embozado.*

Alarcon. No puedo apenas llevar
el peso de mi dolor.
Urbina. Aquí está el hombre, señor.

Alarcon. Muy bien: haced despejar.
Urbina. No temeis?... (*Acercándose.*)
Alarcon. Conmigo estoy.
Urbina. Es que si mal no recelo...
Alarcon. Salid.
(*Sigue con la vista á Urbina y los soldados, que se alejan: al volverse, el preso se desemboza y Alarcon dá un grito de sorpresa.*)
Justicia del cielo!
Pedro Navarro!
Conde. Yo soy.
Alarcon. Oh! sí; y aunque tus facciones
lo dicen, mucho mejor
lo está diciendo el rencor
de nuestros dos corazones.
Conde. Sí, por Dios! y pues la suerte
burló la esperanza mia,
haz lo mismo que yo haría,
y dame pronto la muerte.
Alarcon. Y la aguardas de mi acero?
No! aunque salta de mi mano;
que no merece un villano
la muerte de un caballero.
Y para el que hollar le plugo
cobardemente mi honor,
y á su patria fué traidor,
en Nápoles hay verdugo.
A él tu vida se prevenga,
tu honra así muere tambien,
y como has dicho muy bien,
«honra con honra se venga.»
Y veremos, ya que osado
te igualaste á mi nobleza,
si inclinará tu cabeza
«la balanza de mi lado.»
Conde. Cobarde resolucion!
Mas con placer se me alcanza
que te ha herido mi venganza
en medio del corazon.
Alarcon. Ay! bien dices: sí! la hiel
(*Con sentimiento.*)
de tu rencor há probado,

que de un golpe ha traspasado
lo mas santo que hay en él:
y diste la muerte fiero,
por mas que oirlo te cuadre,
en el corazon de un padre
al honor de un caballero.

Conde. Igual proceder conmigo
usó tu fé desleal;
por eso con pena igual,
igual delito castigo.

Alarcon. Ah! calla y no á mi furor
recuerde tu alevosía,
cómo deshiciste un dia
la esperanza de mi amor.
No me recuerdes así,
cómo tu furia tirana
vengó en tu infeliz hermana
error que yo cometí;
y no me acuse tu labio
cuando el mas culpado fuiste,
pues tú con su muerte hiciste
imposible el desagravio.
Por tí no alcanzó María
reparacion con mi mano.

Conde. Qué pronuncias? Tú mi hermano,
tú unirte á la sangre mia?
No! de mis odios prolijos
haré á mi raza heredera,
por mas que estinguirlos quiera
el amor de nuestros hijos.

Alarcon. Qué oigo! Don Lope?...

Conde. Él fué, s
el atrevido raptor;
mas yo aluciné su amor
para vengarme de tí.
Dejé que cuerpo tomára
la pasion que los alienta,
para despues con tu afrenta
arrojártela á la cara.

Alarcon. Infame y cobarde accion!

Conde. Cual la tuya fué primero.

Alarcon. Y no hallastes un acero

conque herirme el corazon?
Conde. Sí, mas primero luchamos
por su afrenta cada cual:
«lucha fué de igual á igual,
»é iguales los dos quedamos.»
Y hoy que iba nuestra fiereza
vida por vida á reñir,
la suerte sin combatir
te ha entregado mi cabeza.
Alarcon. Sí, y en tu sangre gozoso
hallará mi honor remedio.
Conde. Y te quitarás del medio
un contrario poderoso.
Alarcon. Cómo!
Conde. Mi valor postrado
respirarás mas seguro
dentro de este débil muro,
donde te tengo encerrado.
Alarcon. Tal piensas?
Conde. Sí, por mi vida!
y tal pensarán los nobles,
cuando tú mi cuello dobles
bajo el hacha enrojecida.
Dirán: le entregó al cuchillo,
para con mezquina gloria
conseguir fácil victoria
de una hueste sin caudillo:
y la española arrogancia
por salvarse de su yugo,
dividió con el verdugo
su laurel contra la Francia.
Alarcon. A quien tal diga, la lengua
mis manos le arrancarán.
Conde. Pero otros mil pensarán
lo que otro dijo en tu mengua.
Alarcon. Pues bien; mi perdon lo ataja.
Parte al punto á combatir,
que nadie ha de presumir
que te rendí con ventaja.
Y para evitar menguados
empeños á mi nobleza,
iré á buscar tu cabeza

en medio de tus soldados.

Conde. Qué oigo!

Alarcon. Aceptas?

Conde. Sí por Dios!
que aunque tu altivez me ofende,
de nuevo el rencor enciende
y la lucha entre los dos.

Alarcon. Mas no dirás, pues obramos,
yo noble y tú desleal,
que si fué la lucha igual,
«iguales los dos quedamos.»

Conde. Tú verás si mi valor
no se iguala á tu arrogancia.

Alarcon. Y tú cuánta es la distancia
de un caballero á un traidor:
pues combatiendo bizarro
contra Francia y contra tí,
te haré ver lo que hay de mí
«al conde Pedro Navarro.»

Conde. Mucho tu valor espera.

Alarcon. Mas cumplirá.

Conde. Está por ver.

Alarcon. Pues á lidiar!

Conde. (*Dirigiéndose á la puerta del fondo.*)
Y á vencer!

Voces. Muera el conde! (*Dentro.*)

Otras. Muera, muera!

Conde. Qué oigo!

Alarcon. Es tarde! Mis soldados
descubrieron tu prision.

Voces. Muera el traidor!

Alarcon. Con razon
tu vida quieren airados.

Conde. Bien, que vengan! los espero.

Alarcon. No; que si tu muerte piden,
pues que mi venganza impiden,
te mataré yo el primero.

(*El alboroto va creciendo, y se asoma Alarcon á la ventana.*)

Mas huye: aun es tiempo, sí.
La turba á las puertas viene,
pero Urbina los detiene.

Conde. Mas por dónde?

Juana. (*Saliendo precipitadamente, y abriendo la puerta de la derecha.*) Por aquí!
y pronto! pues ¡vive Dios!
que si á salvaros me avengo,
es por que yo tambien tengo
cuentas que ajustar con vos.

Alarcon. Tú!

Juana. Sí; que mi fé leal
por Elvira cartas toma.
(*Suena mas cerca el ruido de voces y espadas.*)
Ya empieza otra vez la broma.
Vamos pronto, voto á tal!

Voces. Muera el conde!

(*Alarcon al conde desde la puerta del fondo, que tiene sujeta con la mano.*)

Alarcon. Adios, que alejo
por pocas horas tu muerte.

Conde. (*Desde la puerta de la derecha.*)
Eso lo dirá la suerte.

Juana. (*Dándole un empellon, y cerrando la puerta tras sí.*) Calle y sígame el mal viejo.

Alarcon. Oh! yo te veré á mis pies!
(*Abre la puerta y penetra la multitud.*)

Todos. Muera el conde!

Alarcon. (*Sacando la espada.*) Muera, sí;
pero no indefenso aquí.

Urbina. Dónde?

Alarcon. En el campo francés.
(*Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Alojamiento del conde Pedro Navarro en el campo francés. Sala de un palacio antiguo: puerta grande en el foro, á la derecha en primer término una puerta secreta muy disimulada, á la izquierda una gran ventana. Muebles de campaña.

ESCENA PRIMERA.

DON LOPE. EL MARQUÉS DE SALUZO. TRIBULCIO *y* VARIOS GENERALES.

(*Don Lope está sentado junto á una mesa colocada debajo de la ventana, triste y pensativo con la mano derecha vendada. El marqués y los generales forman grupos al lado opuesto, hablando con mucha animacion. Tribulcio entra.*)

Tribulcio. Vino el conde?
Marqués. (*De mal humor.*) No por cierto.
Tribulcio. Vive Dios! que tarda mucho,
y ya maldigo la idea
que en tal empeño le puso.
Si la ciudad no se rinde
rendirla á fuerza de puños,
y no andarse ¡voto al diablo!
con enredos y tapujos.
Reniego de sus astucias,

y de su...

Marqués. (*Interrumpiéndole á media voz.*)
Callad, Tribulcio.
(*Señalando á don Lope.*)
Ved que el hijo no está lejos,
y espresarse así no es justo...

Tribulcio. Que ahora me vengais con esas!
Pues no sabe el buen Saluzo,
que yo en todas ocasiones
lo que pienso desembucho,
y no conozco esa ciencia
que vos llamais disimulo?
Una y mil veces repito,
que no es cosa de mi gusto
ganar la ciudad sitiada
con procederes astutos.
Buena gloria por mi vida!
nada, derechos al bulto,
y asaltemos las murallas,
que es el medio mas seguro.

Marqués. Cuando el conde no lo hace
razon tendrá.

Tribulcio. Hum! lo dudo...

Marqués. Capitan!

Tribulcio. Dejad que diga
lo que piensa cada uno:
yo sostengo que el motivo...

Marqués. No hablemos en este asunto.
(*Siguen hablando bajo.*)

D. Lope. (*Para sí.*) Perdida! sí, para siempre!
Pesia mi destino injusto!
Por qué al robarme la dicha
no me abrieron el sepulcro?

Marqués. Ya su tardanza me inquieta:
mucho temo...

(*Ábrese violentamente la puerta del foro, y aparece el conde, que entra gritando.*)

Conde. A armarse al punto.

ESCENA II.

DICHOS. EL CONDE.

Todos. El conde!
Marqués. Gracias al cielo!
Al fin salimos del susto.
Qué hay de la empresa?
Conde. Frustrada.
Marqués. Qué decís?
Conde. Nada hay oculto.
Pronto á las armas! Mi pecho
hierve en furor iracundo.
Marqués. Calmaos: qué ha sucedido?
Ved que nos teneis confusos...
Conde. Mal esplicará mi labio
la agitacion conque lucho,
cuando el corazon fermenta
en vengativos impulsos.
Ya revelaré la causa
despues de alcanzado el triunfo.
A lidiar! el enemigo
con desmesurado orgullo
osa afrontar nuestro esfuerzo,
y va á acometer sañudo.
Halle donde busca el lauro
la desolacion y el luto,
y sienta al fin lo que puede
de Francia el brazo robusto.
Hoy su estandarte glorioso
ha de flotar en los muros,
y la altivez española,
que quiere abarcar al mundo,
al soplo de nuestra saña
se disipará cual humo.
Corred, no perdamos tiempo!
Tribulcio. San Dionisio! y golpe duro.
Viva Francia!
Todos. Viva Francia!

(*Vanse todos menos el conde y don Lope, que ha permacido toda la escena como al principio.*)

D. Lope. (*Ap.*) De escucharlos me confundo.
Conde. (*Acercándose.*) Vestid las armas, don Lope,
y empuñad el hierro agudo,
que para siempre murieron
esos amores impuros.
Me entendeis? Pronto á las armas.
D. Lope. Escuchadme... (*Levantándose.*)
Conde. (*Va á la puerta.*) Nada escucho.
A buscaros vendrá el conde
dentro de breves minutos,
y ay de vos, si su mandato
desobedeceis iluso! (*Vase.*)

ESCENA III.

DON LOPE.

D. Lope. Malhaya la suerte mia!
Oh! si el respeto no fuera,
qué poco el labio callára
el furor que me atormenta.
Te engañas, padre tirano,
si presumes que mi diestra
ha de esgrimir el acero
en la reñida contienda;
que si al francés he servido,
vive Dios harto me pesa!
pues ya conozco que tengo
sangre española en mis venas.
Abandonaré este campo,
donde en contrarias banderas
dos pedazos de mi alma
van á luchar con fiereza.
(*Despues de reflexionar un rato.*)
Sí; necesaria es la fuga,
y pronto, pesia á mi estrella.
Mas cómo hacer?... Si mi padre?...
oigo pasos... él se acerca...
no hay mas que arrostrar su enojo
y responder con firmeza.
(*Está un rato parado escuchando en el fondo.*)

Pero no, el temor me engaña.
(*Ábrese pausadamente la puerta secreta, y aparece Acerico sin atreverse á entrar.*)

ESCENA IV.

DON LOPE. ACERICO.

Acerico. Ave María, gratia plena
Dominus tecum...
D. Lope. Qué miro!
Allí una puerta secreta?
nadie ha sabido que existe...
Acerico. (*Entrando con mucho miedo.*)
Ui! ya veo una sombra negra.
D. Lope. Qué es esto? Un hombre!
Acerico. Dios mio!
no puedo mover las piernas.
D. Lope. (*Dirigiéndose á él con pistola en mano.*)
Quién eres? aquí qué buscas?
Acerico. A mi ver soy alma en pena
que ruedo por este mundo
purgando culpas agenas.
D. Lope. (*Amenazándole.*)
Habla claro, ó por mi nombre!...
Acerico. Si son turbias mis ideas,
y al lado de ese instrumento
se me trabuca la lengua.
D. Lope. (Estraño caso!) Responde:
quién te ha enseñado esa puerta?
Acerico. (*Hablando muy de prisa y temblando.*)
La conozco desde niño,
cuando me tuvo mi abuela,
que este palacio habitaba,
siendo de coser doncella,
al servicio de los condes
que heredaron esta perla,
y murieron hace años,
y están en la gloria eterna.
Y yo... pues... ay! las palabras
en los labios se me enredan,
y ya tengo de seguro

la máquina descompuesta.

D. Lope. Cuál es tu nombre?

Acerico. Acerico.

D. Lope. Dónde sirves?

Acerico. En la iglesia.

D. Lope. Y qué quieres?

Acerico. Por mi gusto
irme derecho á mi celda
á rezar el de profundis,
y los salmos del Profeta.

D. Lope. Pues á qué vienes, demonio?

Acerico. Porque el demonio me tienta.

D. Lope. Esplícate.

Acerico. No es muy fácil.
Pues me han mandado que venga
en busca de un tal don Lope
Navarro.

D. Lope. Yo soy.

Acerico. De veras?

D. Lope. Y con qué objeto?...

Acerico. Seguidme.

D. Lope. Adónde?

Acerico. Adonde le esperan.

D. Lope. Quién?

Acerico. El diablo, que esta noche
me ha hecho andar de ceca en meca.

D. Lope. Vive Dios! que ya me canso
de escuchar á este badea.

Acerico. Ved que no miento, seguidme...
Ay! si el otro se impacienta
va á haber la de Dios es Cristo,
y á todos tres nos entierran.
Aprisa, señor don Lope,
que si vuestro padre llega,
todo el pastucho descubre,
y por Dios que no quisiera
encontrarme frente á frente
con su cara de baqueta.
Allá el otro sabrá daros
la esplicacion que desea.

D. Lope. Pero quién es ese otro?

Acerico. Decir su nombre me veda.

D. Lope. Es Elvira?
Acerico. No por cierto.
Es la persona epicena,
la del género promiscuo.
D. Lope. El demonio que le entienda.
Pero no importa, salgamos.
(*Se pone capa y sombrero, y mientras aparece Juana embozada.*)
Juana. (*Entrando.*) Quien espera desespera.

ESCENA V.

DICHOS. JUANA.

D. Lope. (*Dirigiéndose á la puerta, y encontrándose con Juana.*)
Marchemos: pero qué veo!
Juana. Señor don Lope...
Acerico. (Aquí es ella.)
Juana. (*Desembozándose.*) Me conoceis?
D. Lope. Es posible!
Vos aquí! de esta manera!
esplicadme qué motivo...
Juana. Os lo dice la conciencia.
D. Lope. No comprendo...
Juana. Señor mio,
dejémonos de pamemas;
el tiempo se va pasando
y es preciso andar de priesa.
Inútil es repetiros
vuestra conducta perversa;
mucho mejor que mi labio
vuestro rostro lo revela,
donde ya miro pintadas
la confusion, la vergüenza.
(*Don Lope va á hablar y Juana le interrumpe.*)
Nada hay que hablar; de mi Elvira
burlásteis la fé sincera,
hollando cobardemente
su candorosa inocencia,
y desluciendo villano
los timbres de su nobleza.

Yo soy su amiga, su hermana;
su claro honor me interesa,
quien la ha ofendido me ofende,
y á vengarla estoy resuelta.
Armas teneis: al momento
elegid la que os convenga;
y al que viva, santas pascuas,
y al que sucumba, requiescat.

D. Lope. Pero, Juana...

Juana. (*Interrumpiéndole.*) Aquí no hay Juana,
sino una irritada hiena
que viene á buscar, don Lope,
reparacion de una afrenta.

D. Lope. Cómo envenenais la llaga
que en el pecho tengo abierta!
Yo ofender á Elvira, cielos!
qué mal comprendeis mi pena!
Sabed que me la robaron...

Juana. Y eso un amante confiesa?
Ah! callad, el que bien ama
dificultades supera,
no hay peligros que no arrostre,
ni obstáculos que no venza.

D. Lope. Qué pude hacer, si mi padre
y otros tres con rabia fiera,
de mis brazos la arrancaron
dejándome herido en tierra!

Juana. Será verdad?

D. Lope. Os lo juro,
por mi honra que aun está ilesa:
su amor es toda mi vida...

Juana. No entremos en elocuencia.
Haced pronto lo que digo,
y todo el mal se remedia.
(*Llamando.*) Acerico.

Acerico. (*Acercándose.*) Otra te peg
Tristis est anima mea.

Juana. (*A don Lope.*)
Marchad al momento á Nápoles,
antes que empiece la gresca,
que Elvira ya está avisada...

D. Lope. Y cómo entraré?

Juana. (*Señalando á Acerico.*) Este lleva
el seguro necesario
para que entreis sin sospecha.
Vais á palacio derechos...

D. Lope. Pero Alarcon?...

Juana. Está fuera.

D. Lope. Y vos, qué haceis?

Juana. Esperar
á que deis pronto la vuelta.

D. Lope. Ved que va á venir mi padre,
y al ver que aquí no me encuentra...

Juana. No temais: tengo que verle
para arreglar unas cuentas...

D. Lope. Qué escucho! Sereis capaz?...

Acerico. De un resoplido la estrella.

Juana. No me intimida su enojo:
id, don Lope, enhorabuena,
que esta noche la fortuna
me proteje y fio en ella.
Partid.

D. Lope. Lo haré; pero temo
que su proteccion no tuerza.

Juana. Vive Cristo! que el galan
me va á apurar la paciencia.
Decidme, conoce el conde
esta salida secreta?

D. Lope. No tal: cuando aquí vinimos
la casa estaba desierta,
y nadie pudo...

Juana. Me alegro.
Marchad ya, que el tiempo vuela.

D. Lope. (*Abriendo la puerta secreta.*)
Pues marchemos, Acerico.

Acerico. Si salgo bien de esta hecha,
ofrezco al apostolado
un Acerico de cera.

(*Vase con don Lope cerrando la puerta.*)

ESCENA VI.

JUANA.

Pobre chico, es un buen Juan.
Qué poca resolucion!
Mas brio y menos pasion
quisiera yo en un galan:
pero ama á Elvira, y le dejo
que ponga en planta mi ardid,
mientras que yo en buena lid
me compongo con el viejo.
De la victoria no dudo:
no; por vida de mi nombre!
aunque el tal don Pedro es hombre
colérico y testaduro.
Mas nada; de hoz y de coz
se lo encajaré tan fresca;
y luego que ande la gresca;
con este hay que ser atroz.
Y pues no hay nada que tuerza
bien á bien su empeño duro,
por Cristo! yo le aseguro
que me valdré de la fuerza.
Pero imaginemos algo. (*Reflexionando.*)

Conde. (*Dentro.*) Id allá todos.

Juana. Él viene.

ESCENA VII.

JUANA. EL CONDE, *saliendo sin reparar en ella.*

Conde. Ya el combate se previene.
Don Lope?

Juana. (*Dirigiéndose á él con descaro é intrepidez.*)
Sí, échale un galgo.

Conde. Qué es esto?

Juana. Buena pregunta!
No lo veis? Yo!

Conde. Y tú, quién eres!

Juana. Hay distintos pareceres,
pero nadie lo barrunta.

Conde. Tu desfachatez me admira.
Mas, dónde está?... (*Mirando al rededor.*)
Juana. Quién, don Lope?
Corriendo á todo galope
para unirse con Elvira.
Conde. Qué oigo! Mientes!
Juana. A que no?
Conde. En dónde le has visto?
Juana. Aquí.
Conde. Y á Nápoles huye?
Juana. Sí.
Conde. Quién le abre las puertas?
Juana. Yo.
Conde. Tú?... Mas mi cólera es vana:
no es cierto.
Juana. Como lo oís.
Vos por la noche salís,
y él entra por la mañana.
Me conoceis?
Conde. (*Sorprendido.*) Sí por Dios.
Juana. Me alegro, por vida mia.
Conde. Tú eres?...
Juana. Pues; el que tenia
que ajustar cuentas con vos.
Conde. Atrevido es el rapaz.
Juana. Y me ayuda la fortuna.
Conde. Mas, qué cuentas?...
Juana. Ya ninguna;
si casi estamos en paz.
Vine á que se satisfaga
de Alarcon la cruda afrenta;
y como veis, ya no hay cuenta,
pues que don Lope la paga.
Conde. Conque es cierto! y de mi enojo
no temes la furia airada?
Juana. Yo no temo nunca nada
cuando á la razon me acojo.
Conde. Oh! tus pocos años son
dique á mi venganza justa.
Juana. Lo dicho! á mí no me asusta
esa cara de Neron.
Conde. Que mi plan se desacuerde

por tí!... el furor me enagena.

Juana. Reventad enhorabuena,
maldito lo que se pierde.

Conde. Por qué en mi daño te afanas?
Tu loca accion, qué procura?

Juana. Enmendar con su locura
errores de vuestras canas.
(*Con dignidad.*)
Sí por Dios! ya que los años
vuestros rencores acrecen;
ya que aumentarlos parecen
del tiempo los desengaños:
á la vieja obstinacion
de vuestra venganza impía,
opondré yo la osadía
de mi jóven corazon.
Loco me llamais! y es sabio
el que tras larga esperiencia
aun no ha aprendido la ciencia
de perdonar un agravio?
Viejo y vengativo vos,
yo niño y hablando así,
por Cristo! quién es aquí
el mas loco de los dos?
Pero los estribos pierdo; (*Mudando de tono.*)
la razon os mueve poco;
mas loco sois vos! y el loco
diz que por la pena es cuerdo.
Conque así podeis rabiar
y colgaros si os agrada,
porque Elvira está vengada.

Conde. No! yo lo sabré estorbar.
Pronto el combate aplazado
dará ocasion á mi saña:
pronto, con baldon de España,
quedará mi honor vengado.
Allí mi justo despecho
sabrá de esta nueva afrenta,
pedir á Alarcon la cuenta
frente á frente y pecho á pecho.
Decida nuestro rencor
allí de los dos la suerte;

mas con su muerte ó mi muerte
será imposible ese amor;
y nuestra sangre vertida,
que abundante correrá,
para siempre se alzará
contra esa union maldecida.

Juana. Es cierto! maldito conde!
y lo hará, porque es atroz.
(*Se oyen cajas y clarines lejanos.*)

Conde. Ah! no escuchas? á mi voz
la voz del clarin responde.

(*Suena un cañonazo, y desde este momento se percibe, aunque lejano, el ruido del combate, los cañonazos y gritería, pero de modo que no interrumpa en lo mas mínimo el diálogo.*)

Juana. (*Entusiasmada.*)
Aprieta!... por Barrabás!

Conde. Oh! mi espada! no está aquí. (*Buscándola.*)

Juana. Qué oigo! este es un buen medio, sí.

(*Corre precipitadamente á la puerta del foro, la cierra y quita la llave al tiempo que el conde va á salir.*)

Viejo del demonio, atrás!

Conde. (*Asombrado.*)
Qué haces?

Juana. (*Con calma.*) No se ponga fiero;
pues que ya el cañon estalla
y ha empezado la batalla,
sois, conde, mi prisionero.

Conde. Estás loco?

Juana. Es un capricho;
quiero en la victoria palma.

Conde. Harás que pierda la calma.

Juana. No hay por qué, lo dicho, dicho.

Conde. Pues de tus años te vales,
(*Dirigiéndose á ella.*)
la llave te arrancaré.

Juana. (*Arrojando la llave por la ventana.*)
Y yo así lo evitaré.
Ahora quedamos iguales.

Conde. Vana accion, aunque atrevida:
(*Va á la puerta.*)
yo haré que á mi impulso ceda.

Juana. (*Poniéndose delante, y amartillando una pistola.*)
No! que otra llave me queda
para estorbar la salida.
(*El conde se detiene.*)
Atrás! y basta de chascos,
que sois terco en demasía,
y os juro por vida mia,
que os ablandaré los cascos.
Conde. (*Paseándose desesperado.*)
Y sin armas! maldicion!
Juana. (*Ap. y mirando la pistola.*)
Ni un grano tiene la pobre.
(*El ruido del combate se aumenta, y dice alto con entusiasmo.*)
Anda! bien se bate el cobre!
No va mala la funcion.
Qué estruendo, que trapisonda!
Nuestra la victoria es,
no ha de quedar un francés
diez leguas á la redonda.
(*Gritando.*) Viva España!
Conde. Yo estoy loco!
Sufrir prision tan villana!
Saltaré por la ventana.
Juana. De cabeza!
(*Corriendo tras él. Al llegar los dos á la ventana aparece en ella Stizaferro y salta dentro.*)
Stizaf. Aquí me emboco.

ESCENA VIII.

DICHOS. STIZAFERRO.

Juana. (*Sorprendida.*) Ah!
Conde. (*Idem.*) Qué miro? Stizaferro!
Stizaf. (*Idem.*) El conde!
Conde. Salvado estoy.
Stizaf. (*Al conde.*) Me alegro hallaros, con eso
nos ahorcarán á los dos.
Conde. Cómo!
Stizaf. Todo está perdido:

no hay medio de salvacion.
(*Juana se acerca con interés.*)

Conde. Vencieron?

Stizaf. Esa ventana
de su furia me salvó.
El otro es dueño del campo,
y orgulloso y vencedor,
nos estorba la salida
con formidable escuadron.

Conde. Oh rabia!

Stizaf. Vaya una gente
que mandábais, voto á brios!
Todos huyen desbandados
y os acusan de traidor
mientras que con sus ginetes
nos persigue el español,
recetando á los mas tercos
á cuchilladas la uncion
al grito de cierra España
y viva el emperador!
(*Se oyen fuera los mismos gritos.*)

Juana. (*Entusiasmada y tirando al aire el sombrero.*) Viva! viva!
(*Asomándose á la ventana y gritando.*)
Aquí está el conde.

Stizaf. (*Va á ella para contenerla.*)
Pues me gusta la aprension!
Está loco este muchacho.

Conde. El infierno le abortó
para mi daño.

Stizaf. (*Observando á Juana.*) Qué miro!
Mi collar!... el medallon!...
No hay duda, no hay duda, es ella!

Conde. Cómo ella?

Stizaf. Cuerpo de Dios!
La muchacha no podia
venir á tiempo mejor.

Conde. Una mujer?

Juana. No hay tal cosa.
Miente el pícaro ladron.

Conde. Una mujer me ha perdido!

Stizaf. Al contrario. Loco estoy!

Nos ha salvado.

Conde. Qué escucho!
no te comprendo.

Juana. Ni yo.

Stizaf. Sin duda que aquí la trajo
el diablo nuestro patron.

Conde. Pero acaba.

Stizaf. Es un tesoro.

Alarcon. (*Dentro gritando.*) Por aquí sonó la voz.
Seguidme.

Conde. Estamos perdidos!

Stizaf. No hay cuidado.

Conde. Es Alarcon!

Stizaf. Bueno. (*Sacuden la puerta.*)

Juana. Derribad la puerta.

Stizaf. Sí por Cristo! ó lo haré yo.
(*Gritando.*) Aquí está el conde.

Conde. (*A Stizaferro.*) Villano!

Juana. (*A Stizaferro que la coge de un brazo.*)
Qué haceis? Soltadme.

(*Se abre violentamente la puerta y aparecen Alarcon y varios gefes y soldados españoles.*)

ESCENA IX.

DICHOS. ALARCON. GEFES *y* SOLDADOS *españoles.*

Alarcon. (*Se dirige al conde con la espada desnuda.*)
Traidor!
Por fin mi rabia te alcanza.

Stizaf. Alto, Hernando de Alarcon!
(*Teniendo á Juana sujeta y amenazándola con la daga.*)
O muere aquí vuestra hija,
ó gracia para los dos.

Alarcon. (*Reportándose.*)
Qué oigo!

Conde. Su hija!

Juana. Es posible!

Stizaf. Ved lo que os está mejor:
ó cumplir de una venganza
la estéril resolucion,
ó salvar el ignorado

fruto de un antiguo amor
que llorais muerto y que ahora
vuelve á nacer para vos.

Alarcon. Mi hija vive! Oh! qué sospecha
renace en mi corazon!
Habla! Quién puso en tu mano
secreto de tal valor?

Stizaf. Mi madre sirvió á la suya,
que al nacer se la entregó
salvándola de un hermano
al vengativo furor,
y por eso de su muerte
hicieron correr la voz.

Conde. Cielos!

Alarcon. (*Con ansiedad.*) Qué escucho! Las pruebas!

Conde. (*Idem.*) Sí, las pruebas.

Stizaf. A eso voy.
El collar que lleva al cuello
las dará mejor que yo.

(*El conde y Alarcon se precipitan á un tiempo á reconocer el collar.*)

Alarcon. De María!

Conde. De mi hermana!

Alarcon. Oh! gracias, supremo Dios.
(*Abrazándola.*) Hija del alma!

Juana. Mi padre!
Me lo daba el corazon. (*Pausa.*)

Alarcon. (*Al conde con dignidad.*)
Hoy que dicha tan inmensa
quiere el cielo que consiga,
á pagársela me obliga
con el perdon de una ofensa.
No será mi labio, no,
conde, el que vacile aquí;
ofendido estás de mí
y ofensas te debo yo:
pero el cielo nos envía
contra nuestra furia loca
prenda que á los dos nos toca
y une tu sangre á la mia.
Muy fácil reparacion
tiene el agravio que lloro;

no la exijo, mas la imploro
con mi ejemplo y mi perdon.
Estrechando antiguos lazos
llega, pues, que te convida
el vencedor con la vida
y el amigo con los brazos.

Conde. Oh vergüenza!

Alarcon. Aun dudas, di!

Juana. Es muy duro de mollera;
mas yo le entraré en carrera
mal su grado.

Alarcon. Cómo?

(*Colocándose en medio de los dos y obligándolos á abrazarse.*)

Juana. Asi.

Alarcon. (*Enternecido.*)
Pedro!

Conde. (*Idem.*) Hernando!

Juana. (*Frotándose las manos.*) Bien por Dios!
Cumplióse al fin mi deseo.

(*Ábrese la puerta secreta, y aparecen don Lope, Elvira y Acerico, entrando con mucha cautela.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. DON LOPE. ELVIRA *y* ACERICO.

D. Lope. Por aquí.
(*A Elvira al entrar.*)
Pero qué veo!
abrazándose los dos?
(*Parándose sorprendido.*)

Alarcon. Elvira!

Conde. Don Lope!

Juana. Ea!
(*Acercándolos á los viejos.*)
Venid, nada hay que temer,
los acabo de poner
mas dulces que una jalea.

Conde. Sí, hijos mios, vuestra union
hoy mi cariño bendice.

Alarcon. Y su ventura eternice

nuestra reconciliacion.

Elvira. Padre!

D. Lope. Señor!

Alarcon. Todo á Juana
lo debeis.

Juana. Pagada estoy,
pues ya con razon te doy
el dulce nombre de hermana.

Elvira. Mi hermana tú? qué alegría!

Juana. El cielo me premia así;
tu ventura le pedí
y me dá tambien la mia.

Acerico. Pues yo sufrirlo no puedo,
y á cólera me provoca...

Juana. El qué? dilo.

Acerico. Que una loca
salga bien de tanto enredo.

Alarcon. Y no le falta razon,
que harto ese disfraz te culpa.

Juana. Mis travesuras disculpa...

Alarcon. El qué?

Juana. Mi buen corazon:
y pues el vuestro amor gana,
y ellas tal dicha os ofrecen,
ved si disculpa merecen
LAS TRAVESURAS DE JUANA.

FIN DE LA COMEDIA.

NOTA. *Esta comedia, escrita espresamente para la primera actriz doña Juana Perez, se estrenó en Madrid en el teatro de la Cruz la noche del 27 de noviembre de 1843; desempeñando los principales papeles doña Juana Perez, doña Catalina Flores, don Juan Lombía, don Pedro Lopez, don Vicente Caltañazor, don Francisco Lumbreras, don Antonio Alverá, etc., etc.*



